

FEDERACIONES DE ESPAÑA

ALABEMOS AL SEÑOR QUE NOS JUNTÓ AQUÍ

VI

La Vida Fraternal en comunidad en el Carmelo Teresiano femenino contemplativo

I. PERSPECTIVA BÍBLICA

En las fuentes Bíblicas encontramos las raíces de toda fraternidad. Es Dios quien nos ha hablado de muchas maneras a lo largo de la historia. Pero hay una diferencia importante de enfocar la fraternidad en el Antiguo y en el Nuevo Testamento.

El Antiguo Testamento transmite la experiencia de una fraternidad basada en la solidaridad que da la pertenencia al mismo pueblo de Dios que tiene sus orígenes en la promesa hecha a Abraham.

El Antiguo Testamento, sobre todo en Pentateuco y Profetas, está cargado de vivencias o enseñanzas del amor al hermano como a uno mismo.

Desde la óptica del Nuevo Testamento la fraternidad cristiana es un don de Dios en Cristo: *“no nace de la carne ni de la sangre, sino de Dios”*¹. En él la fraternidad tiene un horizonte desconocido hasta entonces. La Iglesia es en Cristo el pueblo de Dios, *“signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”*².

¹ Jn 1,13

² LG 1

1. -¿Qué enseñanzas sacas de la perspectiva bíblica de la fraternidad cristiana para iluminar tu vida fraterna en comunidad?

La principal enseñanza es que en el encuentro con la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, están las raíces y el fundamento de toda comunidad de creyentes. Esta perspectiva debe iluminar continuamente nuestra vida fraterna pues en ella encontramos los elementos esenciales que alimentan la fraternidad.

En las primeras páginas del Génesis se nos dice: *“No es bueno que el hombre esté sólo”*³. Esto nos enseña que no podemos realizarnos sino es en la relación con los otros, como después nos dirá el Concilio Vaticano II: *“El hombre es, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás”*.⁴ *“Esto tiene su plenitud en Cristo.”*⁵

La salvación tiene un sentido comunitario desde la Creación. Esta relación que comienza en el AT, es todo un camino en el que la solidaridad se va haciendo universal hasta llegar a la plenitud del amor que Cristo nos revela. La comunidad liberada por Dios de la esclavitud de Egipto encuentra y aprende la manera de amar, no sólo a los más próximos *“sino que la extenderá al forastero y emigrante”*.⁶

Dios educa y enseña a su pueblo a vivir la comunión, a ser hermanos. En la historia de la salvación, encontramos los **procesos y progresos** de un pueblo que poco a poco descubre el estilo de Dios: **amar**.

Vemos que Dios va realizando con cada una de nosotras y de nuestras comunidades un proceso como el que ha ido realizando con el pueblo de Israel.

Nos parece importante caer en la cuenta y ahondar en esta enseñanza, estar a la escucha de la Palabra, abiertas, para que nos cale esa **labor pedagógica** que Dios va haciendo al paso de cada una y de nuestras comunidades. Nos ha elegido, nos va liberando de nuestro pecado, enseñando el sentido profundo de los vínculos de hermandad que están por encima de la carne y de la sangre, y edificando nuestras comunidades en su amor.

³ Gn 2, 18

⁴ GS 12, 23-24

⁵ Ibid. 32

⁶ Dt 15, 7-8

En el NT descubrimos una fraternidad universal fundamentada en el amor de Dios a todos los hombres. Jesús es el **centro** de esta fraternidad. Él nos revela a un Dios que es Trinidad y la nueva comunidad de creyentes es imagen de este amor trinitario. Con su Encarnación nos ha elevado a las cimas más altas del amor fraterno. Sabiéndonos hijas de Dios nos sentimos hermanas de todos los hombres.

De Jesús aprendemos la gratuidad y la universalidad del amor. Se manifiesta presente en la comunidad, como signo que puede atraer a los demás, aunque de forma limitada e imperfecta por la debilidad de sus miembros. Por eso, el ideal y signo de toda fraternidad es el mandamiento nuevo: *“Amaos unos a otros como yo os he amado”*.⁷

La primitiva comunidad cristiana de Jerusalén vive la doctrina de Jesús convirtiéndose en testimonio y paradigma de la verdadera fraternidad. No se formó por propio impulso o por motivaciones naturales de amistad, sino que, al igual que las nuestras, fue llamada personalmente por Cristo. Ahora bien, la fraternidad es una tarea diaria de aceptación y acogida de cada miembro. Nuestro modelo comunitario es el **grupo de los Doce** con Cristo en el centro. La experiencia de nuestra debilidad, los roces de la vida cotidiana lejos de desanimarnos nos hacen poner nuestros ojos en Cristo que nos recuerda: *“Sin mí no podéis hacer nada”*.⁸

En ellas se dan unas características propias, tal como aparecen en los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de Pablo, que son:

- **La fe**, punto de arranque de toda comunidad cristiana. Sabiendo que la **“fe”** nos une en el mismo ideal : amor a Cristo y a los hermanos, siendo signo de la presencia del Reino.
- **La koinonia**, comunión con el Padre, con su Hijo Jesucristo y entre los hermanos. La **koinonia** nos lanza a la universalidad y al amor en particular de cada hermana, sobre todo a las más pobres en criterios o formación. Nos podemos preguntar si de verdad amamos con el mismo amor y condescendencia con que somos amadas por Dios, o si amamos por meras simpatías. Es necesario cultivar dentro de la comunidad el respeto, el buen trato, la educación y estimación mutuas. Expresando nuestra fe en la **koinonía**, que no es una estructura externa como lo son los actos comunitarios, sino una realidad y exigencia interior.

⁷ Jn 13,34

⁸ Jn 15,5

- **La dimensión apostólica** propia de toda vida cristiana; con un matiz peculiar en nosotras: *“teniendo las manos en alto”*⁹ orando sin descanso por la Iglesia y la Humanidad herida. Nada es ajeno a nuestra vida de carmelitas. Sabemos que todos nuestros actos, positivos o negativos, influyen en la Iglesia, en la humanidad. Nuestras comunidades quieren hacer presente al mundo que, con un esfuerzo constante de conversión, es posible la comunión fraterna entre los hombres.
- **La diversidad de carismas** en la comunidad son una ayuda y enriquecimiento de la misma para el servicio de todos. Deben ser acogidos con gozo y gratuidad y nunca han de ser un obstáculo para la fraternidad.
- **La Eucaristía y la oración** son fuente y meta de toda vida comunitaria. Ésta se forja desde la entrega sincera y generosa a las hermanas como seguimiento fiel de Jesús, alimentando la **comprensión y la compasión**. Todas buscamos la misma meta: la unión con Dios. En la comunidad tiene que darse día tras día una actitud de reconciliación. Sin amor y reconciliación no puede edificarse una comunidad cristiana.

Concluyendo:

- La fuente de la fraternidad cristiana está en el Padre de quien todo procede, en el Hijo que se ha hecho nuestro Hermano y en el Espíritu que nos transforma en hijos, meta de la comunión Trinitaria.
- De las primeras comunidades cristianas, formadas alrededor de los apóstoles, destacamos:
 - El amor.
 - La unión de corazones.
 - La comunión de bienes.
- La fraternidad no es un simple sentimiento de filantropía con vínculos de afecto y amistad, ni sólo una afinidad natural procedente de la carne y de la sangre, sino que hemos sido **convocadas** por el mismo Señor.
- En la comprensión y vivencia de la fraternidad hay un proceso progresivo, no es un camino ya hecho, sino un camino que nos exige una constante conversión.

⁹ Ex 17,11

2.- *¿Nuestras comunidades tienen presente el hecho de ser comunidades cristianas antes que comunidades religiosas?*

Quizá no somos suficientemente conscientes de lo mucho que nos compromete con los demás el hecho de ser cristianos, de estar unidos por el Bautismo en una misma fe en el Espíritu. No siempre hemos sido signos de esta realidad; a veces perdidas en nuestras formas de pensar y vivir la fraternidad, olvidamos mirar a la auténtica fuente: el Evangelio. Gracias a la teología del Vaticano II hemos ido conociendo y profundizando, más que en épocas anteriores, en la valoración de nuestro bautismo, lo cual nos ha hecho avanzar e ir creando comunidades cristianas antes que religiosas. Estamos intentando crear comunidades fraternas, llamadas a vivir la fraternidad al estilo de la Santa Madre.

El Concilio Vaticano II y los Documentos postconciliares nos invitaron con gran fuerza a volver a las fuentes evangélicas así como a las propias del carisma. *“Los religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas”*.¹⁰ Y en la Exhortación apostólica Juan Pablo II nos dice: *“Es importante que la persona consagrada se forme de modo progresivo en una conciencia evangélicamente crítica respecto a los valores y antivalores de la cultura”*.¹¹

El Vaticano II nos ha invitado a una nueva formación y nuestra “Ratio” nos da normas actualizadas. Sin embargo no hay que olvidar una realidad de tipo psicológico: la misma estabilidad, propia de nuestra vida claustral, provoca la lentitud en cualquier proceso de cambio. Muchas de las formas de vida monástica, en general, reflejan o son todavía reductos de una sociedad de monarquía absoluta. Reconocemos que ha habido épocas o interpretaciones que nos han alejado de la frescura cristiana. La cultura, las ideas, las interpretaciones teológicas de observancia y perfección han marcado nuestra conciencia llevándonos a endurecernos en posturas poco cristianas.

Creemos que nuestra propia formación cristiana y religiosa debe llevarnos a una sana libertad a la hora de interpretar leyes, normas, costumbres y tradiciones... Da la impresión, como dice Jesús, que *“anulamos el mandamiento de Dios por nuestras tradiciones”*¹² y no estamos obligadas a más. Pero nuestro carisma, cuya raíz es ante todo cristiana, es vivo y dinámico, por lo que ha de

¹⁰ LG 31

¹¹ VC 67

¹² Mt 15, 3

ser revitalizado y revisado según los cambios culturales y adaptados a cada época, distinguiendo lo que es esencial de las adherencias posteriores.

Somos conscientes de que, con demasiada frecuencia, nos falta coherencia entre lo que sabemos y entendemos, y lo que en realidad vivimos. A niveles comunitarios necesitamos capacidad crítica ante cualquier evento, consejo o norma para saber discernir si su seguimiento nos hace más o menos cristianas. Sería muy saludable preguntarnos: ¿Qué prioridades tenemos? ¿No es cierto que a veces hemos faltado a la caridad por fidelidad a la clausura? ¿No es cierto que por ser fieles a la ley hemos olvidado el Mandato del Señor? Debemos estar muy atentas y vigilantes a nuestra clausura, necesaria para nuestra específica vocación, pero **siempre como medio, nunca como fin**. Deseamos que ninguna tradición, norma o ley se anteponga a la ley suprema del Evangelio.

Muchas veces se apodera de nuestras comunidades un terrible poder de inercia ya sea hacia la modernidad, ya sea al tradicionalismo anacrónico y caduco, lo que nos induce a contentarnos con el trozo de vida que nos es habitual sin riesgos que nos comprometan. A poco que nos descuidemos, dando por sabido y por supuesto el hecho cristiano, estaremos en la convicción de una falsa autenticidad de vida, no de *"lo único necesario"*.¹³

Vivir el hecho cristiano actualizándolo en nuestras conciencias, haciéndolo historia de salvación no es cosa fácil. Y es que la separación que sufrimos en el Carmelo creemos se debe a considerarnos comunidades religiosas con un estilo de vida propio, antes que comunidades cristianas. El Señor nos va enseñando desde la experiencia de nuestra debilidad a no apoyarnos ni en la seguridad de una vida bien estructurada, ni en la observancia rígida de antes. El nos hace experimentar carencias, como son la falta de juventud en nuestras comunidades y la ancianidad prolongada. Es desde estas limitaciones, que no dejan de ser purificaciones, donde podemos escuchar como el apóstol: *"Te basta mi gracia"*.¹⁴

La formación que desde hace años se va recibiendo tanto en comunidad como en las Federaciones, nos va abriendo a horizontes más amplios. El Concilio Vaticano II nos ha hecho redescubrir la dimensión comunitaria cristiana *"La unidad de los hermanos pone de manifiesto el advenimiento de Cristo y de ella emana una gran fuerza apostólica"*.¹⁵

¹³ Lc 10, 41-42

¹⁴ 2Cor 12,9

¹⁵ PC.15

El cristianismo auténtico lleva a vivir en plenitud cada vocación concreta. Creemos que nuestra consagración nos tiene que llevar a una más profunda vivencia comunitaria del evangelio; éste ha de ser nuestro primordial testimonio: **somos cristianas antes que religiosas** y nuestro carisma nace y se desarrolla dentro del cristianismo. Por ello si el grupo comunitario no se alimenta del evangelio orientando su formación en esta dirección, imposible que prospere como comunidad religiosa.

En los cristianos de las primeras comunidades, encontramos un testimonio auténtico. Arístides, el filósofo cristiano que dirigió al emperador Adriano la primera apología que se conserva (año 125), resume en frases conmovedoras el comportamiento de los cristianos: "...entre ellos no se da la mentira. Se aman mutuamente. No desprecian a las viudas, liberan a los huérfanos de quienes los maltratan. Cuando ven a un forastero lo llevan a su casa y se alegran con él como con un verdadero hermano, porque no se llaman hermanos según la carne, sino en el Espíritu y en Dios... En cuanto oyen que uno de ellos está preso o en apuros por causa del nombre de Cristo todos se preocupan de darle lo necesario y librarlo. Si hay entre ellos algún pobre o necesitado, ayunan para cubrir su necesidad".¹⁶

Esta es la obra de Jesús, renacida con vigor insospechado. Es la originalidad de una vivencia sincera del hecho cristiano. La vida de las primeras comunidades cristianas ha quedado como referente válido para toda comunidad religiosa. La comunidad cristiana no es comunidad de fe por el mero hecho de que todos creamos en el mismo Señor, sino que además se requiere que comunitariamente se realicen las tareas de discernir, valorar y confrontar la realidad existencial con el evangelio.

No podemos quedarnos en vivir el ideal de la vida religiosa sin profundizar en el mensaje de Jesús. Cristo es nuestro dechado y ejemplo de vida en todo momento "*...toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa sino de medios para guardar esto con más perfección*".¹⁷

3. ¿Cómo podemos profundizar el hecho de haber sido convocadas por Cristo para vivir la fraternidad en el Carmelo teresiano?

¹⁶ M. Hengel, Propiedad y riqueza en el cristianismo primitivo, Desclee de Brouwer, Bilbao, 1983 (Anotado por Hengel, op. cit. 56 Diccionario Teológico de V. Religiosa, pág. 262)

¹⁷ 1M 2, 17

La fascinación que Jesús ejerció sobre los "Doce" la podemos imaginar sobre cada una de nosotras. En Jesús hemos encontrado un nuevo centro para nuestras vidas por encima de toda otra vinculación familiar, profesional, del saber y del tener.

Dentro de la gran comunidad eclesial nuestro origen carismático es bíblico; y nuestra vocación, como la de los apóstoles, "para estar con Él".¹⁸ El Señor nos ha convocado para formar una fraternidad que vive en "obsequio de Jesucristo".¹⁹ La Santa Madre nos quiso "colegio de Cristo"²⁰ donde "todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar."²¹ "Las hermanas, sabiéndose reunidas por el Señor en la misma comunidad para vivir juntas su vocación, procurarán crecer siempre en la entrega y compromiso de comunión".²²

El hecho de haber sido convocadas por el Señor a vivir en el Carmelo, deseamos profundizarlo a través de:

- La **escucha y meditación de la Palabra de Dios** "que es útil para enseñar, persuadir, reprender y educar en la virtud".²³ Porque la Palabra es "fuerza para la fe, alimento del alma y fuente límpida de vida espiritual"²⁴ para adquirir la ciencia suprema de Jesucristo²⁵ pues "desconocer la Escritura es desconocer a Cristo".²⁶
- La vivencia diaria de **la Eucaristía** que tiene su raíz en la Trinidad y en la que compartimos la misma vida de Cristo.
- La **oración litúrgica** en común y la **oración personal** "trato de amistad con quien sabemos nos ama"²⁷ intentando aprender el "lenguaje nuevo" que nos da la vida de silencio en unión con Cristo.
- Profundizar en la doctrina de los Santos Padres y en la doctrina de la Iglesia, principalmente sobre la vida religiosa; todo ello a través del

¹⁸ Mc 3,14

¹⁹ Regla N° 2

²⁰ C 27,6

²¹ C 4,7

²² Cs n° 104

²³ 2 Tm 3, 16

²⁴ DV 21

²⁵ Flp 3,8

²⁶ San Jerónimo, Com. in Is. Pról.

²⁷ V 8, 5

cuidado de la formación bíblica, teológica, litúrgica, espiritual como crecimiento y madurez personal y comunitaria.

- Aprender personal y comunitariamente, en **diálogo fraterno**, a leer nuestras vidas desde la gratuidad de Dios. Cuidar lo que alimenta la comunión:
 - el trabajo, los recreos, las celebraciones festivas...
 - las reuniones para promover y mantener el proyecto comunitario tomando decisiones juntas y siendo fieles a los acuerdos.
- El **servicio mutuo**. *“Que cada uno con el don que ha recibido se ponga al servicio de los demás”*.²⁸
- **Perdón y entrega** incondicional a las hermanas. Derribar muros de prejuicios a la hora de compartir la propia vida. Aceptar las pequeñas “muertes” que exige la vida fraterna.
- **Apertura a la gente** que comparte con nosotras *“los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren (...) Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en nuestro corazón”*.²⁹

Por estos medios vamos creando una comunidad de amor que traspasa los muros del monasterio para llegar a toda la humanidad. Nuestras comunidades en las que convivimos están formadas por hermanas de diferentes edades, culturas, procedencia, formación, pero a través de nuestras diferencias y en espíritu de comunión queremos ser un signo humilde de un mundo más fraterno y solidario. En medio de una cultura individualista e insolidaria donde cada individuo y cada pueblo sólo parece preocuparse de sus intereses, debemos testimoniar que Dios nos llama a vivir en **comunión y comunidad** la fraternidad evangélica. *“Alabémosle mucho, hermanas - nos dirá Teresa - entended, la gran merced que el Señor ha hecho a las que trajo aquí... pues en solas doce quiso Su Majestad fueseis una.”*³⁰

Nuestra fraternidad no es una unión para una eficacia humana, sino que Cristo presente en medio de los creyentes, repite el gesto de convocar para un

²⁸ 1Pe 4,10

²⁹ GS 1

³⁰ CP 8, 1-2

servicio determinado. *“La vida fraterna es un lugar decisivo, para el futuro de la vida religiosa y carmelitana, no solamente como ideal o para la reflexión teológica, sino, como realidad concreta. La fraternidad es el alma del evangelio”*.³¹

Constatamos cómo después del concilio ha crecido, en general, en la Iglesia y en nuestras comunidades la sensibilidad y valoración de la dimensión comunitaria de la fe. Durante largos años se ha destacado más la santidad personal que la comunitaria; esta conciencia la tenemos que recuperar e incluso “innovar”. Una persona no se santifica a “pesar” de la comunidad, sino en el interior de la misma como espacio teológico en el que vive. Aceptar en nuestra vida todas las limitaciones inherentes a la condición humana es parte de la teología de la vida comunitaria.

II. PERSPECTIVA TEOLÓGICA DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

1) *¿Cuál de los puntos de la reflexión teológica sobre la vida fraterna en comunidad consideras más importante para la renovación de nuestras comunidades?*

Toda la reflexión nos parece de interés para orientar y dar impulso a una renovación en profundidad de nuestras comunidades y son varios los puntos que se consideran importantes. Es preciso concienciarnos de la razón de ser y existir de la vida fraterna, de su profundo sentido teológico. En ella la realidad “familia-comunidad” se da en dos niveles o dimensiones: doctrinal y vivencial.

Nivel doctrinal:

- El cristiano ha de partir siempre de la realidad primera, fundamento de toda vida fraterna en comunidad: *“hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”*.³² Esta verdad le llena de gozo y esperanza puesto que nos habla de la gran dignidad y alteza de toda persona humana. De entre éstas Dios escoge a algunas y algunos para la vida en fraternidad.
- Esta “buena noticia”, por ser la persona humana ópticamente relacional se va forjando a través de su relación con Dios y con sus semejantes y

³¹ Luís Aróstegui. *La vocación de los Carmelitas Descalzos en la Iglesia, en el mundo de hoy*. París 2004

³² Gn 1, 26-27

esta relación tiende a que su existencia llegue a ser *imagen* de las relaciones intratrinitarias. La Trinidad es el modelo y principio de toda verdadera comunión.

- Saber que “*el Dios creador, que se ha revelado como Amor, como Trinidad y comunión, ha llamado al hombre a entrar en íntima relación con El y a la comunión interpersonal, o sea, a la fraternidad universal*”³³ es la gran motivación para impulsar y vivificar nuestras comunidades.

- Juan Pablo II dice que la fecundidad de la Vida Religiosa depende de la “*calidad de la vida fraterna en comunidad*” y que la renovación tanto de la Iglesia como de nuestras comunidades depende de la búsqueda de esta **común-unió**n³⁴. Este es el fundamento Trinitario de la comunidad religiosa como nos lo ha manifestado claramente la exhortación Vita Consecrata.

- Para una “*adecuada renovación*”³⁵ de la vida religiosa el Concilio Vaticano II señaló como criterio permanente “*la vuelta continua a las fuentes de toda vida cristiana*”.³⁶ Para nosotras, hijas de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz, las fuentes de toda vida cristiana nos llevan a esta “*viva fuente*”³⁷ que es la Trinidad.

- El fundamento trinitario de la fraternidad constituye y define su verdadera identidad y es también la raíz de la vida fraterna en comunidad porque: “*La comunidad religiosa (...) hunde sus raíces en el corazón mismo de la Trinidad santa y santificadora, que la quiere como parte del misterio de la Iglesia para la vida del mundo*”.³⁸ En la dirección hacia los demás se revela o se oculta al Verbo.

- El misterio de la Trinidad nos muestra que la unidad no es uniformidad y así se crea un modelo de comunidad que asume las diferencias de cada miembro gracias al Amor que nos infunde el Espíritu.

- La vida fraterna es un don donde Cristo nos convoca en su nombre. En ella:

- **Confesamos al Padre:** toda comunidad es expresión del Padre que quiere formar una única familia humana; él es quien llama, no nos escogemos nosotros. Esta llamada del Padre asegura y garantiza su voluntad sobre nuestra vida.

- **Confesamos al Hijo:** que vino para hacer posible la fraternidad en un mundo dividido. Él es el espejo donde hemos de mirarnos las comunidades de Vida Consagrada. Cristo vivió y murió para lograr esa fraternidad y “*reunir a los hijos de Dios dispersos*”.³⁹

- **Confesamos al Espíritu Santo:** vínculo de unión y quien suscita las comunidades fraternas. Por Él los creyentes en Cristo nos convertimos en una comunidad de hermanos reunidos en su nombre. Su misión es introducirnos en la comunión del Padre y del Hijo y entre nosotros.

³³ VFC nº 9

³⁴ NMI 43

³⁵ PC 2

³⁶ Ib.

³⁷ *La Fonte*, S. Juan de la Cruz

³⁸ VFC 8

³⁹ Jn 11,52

- Los seres humanos por ser, a la vez, esencialmente abiertos a la relación con nuestros semejantes en el plano natural, y llamados, por gracia, a ser en Cristo hijos adoptivos del Padre y hermanos entre nosotros, formamos parte de esta fraternidad que tiene a Cristo por hermano mayor y cabeza, participando cada uno personalmente en la vida trinitaria. En Jesucristo, Dios no sólo está con nosotros, sino en-nosotros y desde dentro de cada uno y desde el seno de lo común realiza todo el proceso de **transformación-cristificación** de la persona humana y del universo. Pero es el Padre quién nos ha elegido y convocado.
- Nuestra comunión con el Padre se realiza en Jesucristo bajo la acción del Espíritu Santo. *“Nadie va al Padre sino por mí”*.⁴⁰ En Él somos hijos y hermanos. Es Jesús quien nos da a conocer al Padre y quien nos envía el Espíritu dando comienzo a la primera comunidad de la Iglesia. Él es el camino concreto que nos hace accesible y cercano lo que para nosotros era oculto e inaccesible.

Dentro de la reflexión teológica, este nivel doctrinal nos parece el más importante para la renovación de nuestras comunidades. Pero esta verdad de fe, esencial en nuestra vida, no puede quedar como algo lejano o abstracto sino que debe aflorar cada vez más a nuestra conciencia y, de una forma sencilla pero real, orientar y penetrar totalmente nuestra vida cotidiana.

Nivel vivencial: la presencia de Cristo

- En Jesucristo se revela el Misterio de Dios con rostro humano. Es en Él y con Él que hacemos la experiencia del Padre y del Espíritu en la fraternidad cristiana sabiendo que en cada persona y en la trayectoria de cada comunidad hay como una epifanía del Padre.
- Es a través de su humanidad que se da el encuentro entre nosotros y la Trinidad divina. Sólo Cristo nos introduce en la vida trinitaria y es preciso ahondemos en Él por ser el único modelo de actitudes frente al Padre y a los hermanos.
- Resucitado y glorioso, Cristo guía desde dentro el proceso de transformación del universo y del hombre. Es Él quien nos aproxima a su vida íntima y de relación con la Trinidad y entre nosotros, humanizando nuestras relaciones y dándonos una dignidad propia. Teniéndole como única fuente y camino de nuestra vida comunitaria, encontramos a través de la oración, la reflexión, el diálogo intracomunitario, la luz y fuerza para superar las dificultades del camino.
- *“Dios es amor”*.⁴¹ Y de este amor, que es el mismo ser de Dios y su vida íntima, hemos sido hechos partícipes *“por el Espíritu Santo que se nos ha dado”*.⁴² Él es la fuente de la continua renovación de nuestras comunidades. Es Él quien hace que la comunidad de discípulos sea *“un solo corazón y una sola alma”*⁴³ y nos empuja a ponerlo todo en común. Porque hemos sido amados, amamos. *“El nos ha amado primero (1Jn 4,10) y sigue amándonos primero, por eso nosotros podemos corresponder también con el amor”*.⁴⁴

⁴⁰ Jn 14,6

⁴¹ 1Jn 4,16

⁴² Rm 5,5

⁴³ Hch 4,32

⁴⁴ Deus caritas est, 17

- Cristo está presente en cada una de las hermanas. Somos, no sólo llamadas sino **convocadas**, se nos junta para ser imagen del Hijo con un deseo de comunión. La vida fraterna considerada desde esta perspectiva *“nos impulsa a una continua conversión al Padre, mediante un amor alimentado por la Palabra y la Eucaristía y guiando el discernimiento común para responder a sus interpelaciones en los signos de los tiempos y de los lugares”*.⁴⁵
- La comunidad es un proyecto común de búsqueda de Dios. Una comunidad de fe tiene que ser **única y unificante** sin dominio ni opresión de unas sobre otras, sólo así se puede llegar a descubrir al Señor Jesús que sigue presente en cada persona que la hace signo e instrumento de su amor. Es el mismo Señor quien viene en nuestras hermanas disfrazado de pobreza, debilidad y oscuridad, con los rasgos sufrientes que tomó de nuestra humanidad. Es en ese momento donde se nos solicita con mayor prontitud para actuar en consecuencia, reconociendo y acogiendo esa Presencia. Esta experiencia y presencia de Cristo, que es Dios con nosotros y en nosotros, hace que el encuentro de cada hermana con Él vaya formando desde dentro la comunidad. Cristo nos ha convocado y esta presencia crea la comunión fraterna.
- No se puede renovar una comunidad sin una experiencia personal de Cristo por parte de cada hermana porque la fraternidad, además de ser un esfuerzo y una tarea humana, es un **don**, fruto de ser asimilados por Cristo, reproduciendo los rasgos de Jesús. Estamos convocadas, y compartimos la vida, nos ayudamos a vivir la comunión y somos sostenidas por la fraternidad.
- La presencia de Cristo viva y operante en la comunidad es la que además de crear la comunión fraterna, sostiene el esfuerzo humano en la búsqueda de la armonía interpersonal. Toda persona humana, podemos decir siguiendo el texto base, se ha transformado, en cierto modo, en un sacramento de Cristo, que lo revela y lo oculta en mayor o menor grado y esto hay que tenerlo siempre en cuenta ya que a causa de nuestra limitación estamos expuestos a la incoherencia, pudiendo revelarlo o velarlo a los ojos de los demás con nuestra vida fraterna. Es la responsabilidad de cada una en la comunidad
 - Dejándonos unir a Él por la vida espiritual es como podemos amar a las hermanas con el mismo amor de Dios. *“Cuanto más nos dejemos configurar con Cristo más le hacemos presente y operante en el mundo para la salvación de los hombres”*.⁴⁶
- Y todo ello vivido en medio de los conflictos, la debilidad y la incoherencia propia de todo grupo humano, pero sin dramatizarlos, sabiendo relativizar las dificultades que la comunión entre personas tan diferentes encierra, enseñándonos la verdadera paciencia del amor, misericordioso y manso, que sabe vivir ese sano equilibrio entre ideal y realidad, acogiéndonos unas a otras como Cristo nos ha acogido.
- Todo este tema es fácil asumirlo intelectualmente, lo importante es hacerlo realidad día a día. Las actitudes de cercanía, aceptación, perdón, curación, que encontramos en Jesús nos obliga a vivirlas en nuestra comunidad.
- El **nosotros** en la comunidad es obra del Espíritu y suyos son los carismas personales que suscita para sostenerla y robustecerla. La comunión es don y trabajo de la comunidad y debemos pedírsela a Él. Es importante crear la unidad en el respeto y promoción de la diferencia.

⁴⁵ VC 42

⁴⁶ VC 72b

- En el NT Jesús identifica a los que envía con su misma persona.⁴⁷ Pero también está presente en los no creyentes por el mero hecho de ser personas humanas, y de manera especial en los que trabajan por un mundo más justo y más humano -aún sin hacer referencia explícita a Él- por su presencia privilegiada entre los más débiles y pobres.⁴⁸
- Como al comienzo de la primera comunidad de discípulos, nos sabemos “*unidas en la alabanza y en una concreta experiencia de comunión*”,⁴⁹ “*junto con María, la Madre de Jesús*”.⁵⁰ Ella es Maestra de vida fraterna, “*modelo sublime de consagración al Padre, de unión con el Hijo y de docilidad al Espíritu*”.⁵¹

Ante una globalización que va minando cada vez más el sentido de pertenencia, nuestra vida fraterna quiere mostrar la acción salvífica para todo ser humano:

- En la capacidad de empatía.
- En visión positiva de lo que el otro aporta.
- En la disponibilidad de dar espacios al “otro”.
- En no juzgarlo.
- En “*llevar unos las cargas de los otros*”.⁵²
- En sentirnos llamadas a formar una familia donde se vive la fraternidad, en clima de confianza.

Avanzar en la unidad al mismo tiempo que impulsar la peculiaridad de cada una es fuente de renovación interna, pero puede además ser un valioso testimonio para nuestro mundo. El testimonio de una comunidad reunida en el amor no sólo favorece el crecimiento y felicidad de cada una, sino que en una sociedad como la nuestra en la que las relaciones entre cónyuges e hijos están rotas y no encuentran amor sino propios intereses queremos ser faros luminosos que les señale el camino de la felicidad, que es el **amor mutuo**.

Consideración

Si como dice el texto base, “la fraternidad cristiana tiene como medida privilegiada, no excluyente, el servicio a los pobres”⁵³, y Cristo se encarna en cada uno de nosotros y en toda persona humana, aún no creyente, transformándola así, en cierto modo, en un sacramento de Cristo, algunas comunidades se replantean nuestro servicio hacia las hermanas más mayores y desvalidas, cuando sólo necesitan mucho cariño, atención y cuidados y ya no pueden aportar a la comunidad más que el valor espiritual de sus vidas entregadas, y así se convierten en las “más pobres” más cercanas a nosotras. ¿Qué hacemos con ellas?, ¿dónde las acogemos cuando su comunidad ya no puede hacerse cargo de ellas?

⁴⁷ Cfr Mt 10, 40; Jn13,20

⁴⁸ Cfr Mt 25, 31-46

⁴⁹ VC 41a

⁵⁰ Hch 1,14

⁵¹ VC 28 c

⁵² Gal 6.2

⁵³ Texto base, pág 25

2. ¿Qué podemos hacer para traducir en la vida de cada día las riquezas de la perspectiva comunitaria de los votos?

Los votos son un don recibido de Dios y un compromiso que nos liga a una comunidad concreta. Tienen algo de divino y de humano, de gracia y de esfuerzo. Nosotras, como todas las religiosas y religiosos en la Iglesia, acogemos la consagración que Dios hace de nuestras personas el día de la profesión religiosa para vivir para Dios, en y para la Iglesia *“adoptando el género de vida histórico con que Jesús expresó su relación de Hijo unigénito con el Padre y el Espíritu Santo”*.⁵⁴ Profesión que *“es expresión del don de sí mismo a Dios y a la Iglesia, pero de un don vivido en la comunidad en una familia religiosa”*.⁵⁵

La perspectiva comunitaria de los votos es una fuente de renovación, de testimonio y una invitación a responder cada día mejor a nuestra profesión. No nos hemos consagrado a Dios para vivir en solitario, sino para vivir en fraternidad y ser así un testimonio profético. Ello sugiere la pregunta sobre cómo hemos de traducir en la vida, la vivencia de los votos. Como consagradas debemos avanzar hacia una Iglesia Pueblo de Dios y colaborar con nuestro carisma a esa comunión eclesial mediante un amor universal.

Como consecuencia de lo cual en nuestra vida de consagradas el primer elemento que nos identifique debe de ser la **sin-forma del amor**. Se trata de irradiar una experiencia de fe, es decir, que en nuestras vidas se ha dado un encuentro en el que nuestra persona ha sido ganada por Cristo para un **amor universal**. Aquí es donde la sin-forma del amor se hace forma existencial que se centra en el modo escatológico que Jesús vivió en nuestro mundo.

La vivencia de los votos, es una verdadera ayuda para vivir la comunión, que sostenida por la fraternidad, nos ayuda a profundizar en la oración y contemplación, así como a traducir en obras nuestra experiencia de Dios, a profundizar en los signos de los tiempos y enriquecer y renovar la visión sobre los votos para que puedan ser vividos en el ambiente social, espiritual y psicológico de este siglo XXI, confrontando y estudiando las vidas de nuestros Santos.

Los votos nos permiten cultivar y desarrollar actitudes que purifican nuestro egoísmo, pero además conllevan una dimensión comunitaria por lo que suponen de ayuda e interpelación mutua en el seguimiento de Jesús y en la puesta en práctica del Evangelio. Si tomamos conciencia de haber sido llamadas a una comunidad, sabremos que necesitamos de la comunidad para vivir los votos. Pero no debemos esperar a encontrar la comunidad ideal, perfecta, para comenzar a trabajar. La puesta en común de la llamada nos lleva a la puesta en común de toda clase de bienes y eso implica saber disfrutar de la relación, ser capaces de compartir la espiritualidad, las experiencias... La comunidad se construye por fuera y por dentro, a niveles externos y a niveles profundos.

Para poder traducir en la vida de cada día las riquezas de la vivencia de los votos es necesario una sólida formación que nos ayude a valorar, potenciar y discernir los

⁵⁴ VC 18

⁵⁵ VFC 44

niveles personales y los comunitarios. Se puede vivir con rutina o como un cumplimiento, pero la vida fraterna tiene un valor profético y “rectamente entendida, es el signo de los signos y puede llamarse ‘consejo integral’ porque integra, resume y condensa todos los demás elementos de la vida religiosa”.⁵⁶

En definitiva, los votos –que se implican mutuamente hasta el punto de que no se puede dar uno sin los otros dos- son expresión de que Dios es el absoluto de nuestras vidas; y la comunidad humana está incluida en el misterio de Dios.

Los votos en su dimensión comunitaria son un grito profético que anuncia el Evangelio:

Castidad

La castidad consagrada es **capacidad para amar** y permite la creación de la comunidad como familia reunida en nombre del Señor en la que se hace presente.⁵⁷ La castidad nos hace libres, cálidas y sencillas, al tiempo que recubre de un velo de respeto toda relación humana. Para vivir de verdad un amor maduro y gratuito se necesita un equilibrio interior, centrando nuestro corazón en Cristo.

En la comunidad siempre habrá, y debe de haber, distintos grados de relación fraterna entre las hermanas sin que ello signifique exclusivismo. La castidad potencia nuestro amor abnegado, no contaminado si somos fieles a él, fecundo para la Iglesia y la humanidad. Este amor dilata, ensancha y profundiza nuestra fraternidad formando una verdadera familia reunida en nombre del Señor.

En resumen: “*Acogeos mutuamente como os acogió Cristo para gloria de Dios*”⁵⁸ “*Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo*”.⁵⁹

Concretizando:

- “*No hacernos partes*”.⁶⁰ Alma y corazón tensos hacia Dios.
- No anteponer nada a Cristo.⁶¹
- Ser testimonio de alianza entre Dios y su pueblo.
- Dejarnos amar por Cristo en las hermanas con sencillez.
- Empeñarnos en crear una comunidad en la que las relaciones interpersonales sean fluidas, profundas y comprometidas.
- Trabajar la comunicación a todos los niveles para llegar al conocimiento y amor mutuo.
- Apertura y acogida cordial a todas las hermanas, sin excluir a ninguna, aceptarlas como son, con virtudes y defectos. Cercanía de unas con otras
- Vivir la fraternidad con sinceridad y transparencia, dándonos por entero a las hermanas con todo lo que somos y tenemos.

⁵⁶ Severino M^a Alonso. *La vida consagrada*, pág. 39

⁵⁷ Cfr Mt 18, 20

⁵⁸ Rm 15, 7

⁵⁹ Gal 6, 2

⁶⁰ C 8,1

⁶¹ Regla S. Benito 72.11

- Tener claro el sentido de familia, con la acogida, respeto y educación
- Ser capaces no sólo de dar sino también de recibir
- Superar los egoísmos, la exclusividad.
- Bajar a los gestos de cada día la “teología aprendida”
- Evitar el individualismo
- Evitar lo destructivo
- Que tomemos decisiones coherentes con la fe que profesamos a fin de que el mensaje transmitido se transparencia del Evangelio.

Pobreza

Actualmente la pobreza es el voto de la solidaridad y, además, una bienaventuranza. Vivimos en una sociedad rica y para ser realistas y concretas en nuestra vivencia de la pobreza debemos ayudarnos unas a otras a ser pobres en el testimonio de una vida sobria, entregando lo que somos y tenemos a la comunidad y ésta a su vez, poniéndose al servicio de los pobres.

No nos hace felices lo que tenemos sino el amor de Dios que nos llena por completo y nos impulsa a entregar lo que somos y tenemos y compartirlo. Este compartir total ha de llevar a las hermanas a testimoniar una vida sobria y una pobreza colectiva, viviendo en profunda solidaridad. Se necesita en la práctica una revisión en común del modo concreto de vivir la pobreza.

En nuestro contexto actual, de Primer Mundo, los religiosos sabemos que tenemos la vida “asegurada.” Con nuestra vida de pobreza real no tan solo denunciamos el uso y acumulación egoísta de bienes, sino que a la vez expresamos su valor social, abriendo horizontes a una sociedad más justa y equitativa. Fruto de esta convicción nos parece que nuestro esfuerzo debe dirigirse a discernir y ver cómo y qué, de manera individual y comunitaria, todavía queda de superfluo en nuestras vidas. Ello precisa una conciencia clara del deber de compartir y no de limosna, de todo nuestro sobrante material y económico.

Nuestras comunidades poseen, además, una riqueza espiritual, cultural y moral de las que nuestro mundo carece. En un mundo hambriento de todo es un deber saber compartir nuestra riqueza espiritual y cultural. Vivir en medio de este mundo, es una exigencia que Dios nos ofrece y a la que debemos dar una respuesta. Creemos que deberíamos abrirnos más a estas necesidades, lo cual requerirá muchas veces un cambio de planes personales, horarios preestablecidos, quebrantamiento esporádico de normas internas... Ciertamente que no de manera estable, pero sí eventual, más o menos esporádica, sin normativa sino abierto al soplo del Espíritu que nos dará la discreción necesaria en cada ocasión. El mundo que nos rodea está más hambriento de lo que percibimos de bienes interiores, hay más “pobreza y hambre de espiritualidad” que pobreza y hambre de pan y techo. Todo ello es un reto a nuestras posibilidades y condición de vida como contemplativas.

Estar abiertas a compartir también los bienes materiales de espacio y tiempo, no el sobrante que no existe, pero sí exponerlo a prioridades, dando un testimonio

colectivo de vida sobria, sencilla, de manera real, no ficticia. En espíritu de lucha contra las estructuras de injusticia de la sociedad que provocan tanta pobreza económica, moral y espiritual

Estamos convencidas de que gran parte del impedimento que podemos encontrar para llevar a cabo el compartir real consiste en saber distinguir claramente entre la necesidad de la clausura, el por qué y el cómo, y si las leyes sobre la misma son adecuadas al espíritu del Evangelio y a nuestros tiempos y entorno culturales.

Concretizando:

- La pobreza de espíritu nos hace reconocer las propias impotencias y limitaciones, el reconocimiento de los dones del “otro” el aprecio por las realidades evangélicas.
- La vida escondida en Cristo y la valoración de los más pobres.
- Compartir los bienes materiales, culturales, espirituales...
- Compartir cualidades, tiempo, trabajo, espacios
- No crearnos necesidades superfluas.
- Prescindir de mis planes personales y dejarme expropiar en beneficio de la comunidad, y, cuando sea necesario, en bien de todos
- Usar con sencillez los medios modernos y estar abiertas al uso de las cosas que entran en la pobreza.
- La pobreza, incluida la material si no es excesiva, ayuda a la libertad de espíritu.
- Cuestionarnos nuestra relación con los pobres de toda clase, más allá de los límites del monasterio.

Obediencia

La obediencia nos pide desarrollar un espíritu de fe en la presencia de Cristo en la comunidad y la relación entre la priora y las hermanas. Vivir la fraternidad supone buscar en común la voluntad de Dios, en diálogo. El voto de obediencia compromete a la comunidad como tal, no es tanto la obediencia a una priora como discernir la voluntad de Dios para que la comunidad crezca en el amor a Él y a los demás por medio de la oración, el diálogo fraterno con la mediación del superior. Entendida así, la obediencia es el camino por donde buscamos comunitariamente los caminos del Señor, cómo revitalizar nuestra fraternidad, cómo mantener un sano equilibrio entre autonomía personal y libertad individual y la obediencia a la priora, cómo atender al bien de las demás hermanas, resolviendo así el riesgo de que las formas sean de autoridad, pero no autoritarias, y con criterios evangélicos. La verdadera autoridad es un servicio fraterno que no oprime las relaciones humanas.

Cuando Teresa de Jesús propone el compromiso de los votos, su motivación fue la mirada al momento histórico que vivía.⁶² La obediencia es algo más que una

⁶² Cfr C 1,2

lealtad a una persona o a un grupo; se necesita capacidad de recortar a veces aspiraciones legítimas y encontrar en el sentido de la fraternidad los cauces de libertades más profundas.

En el voto de obediencia hay que considerar que se nos pide también obedecer a la historia pequeña que nos envuelve con su acontecer y que supone modificar tantas formas externas de convivencia, organización y estilo de nuestros monasterios. Pero esto será sólo lo visible de algo más importante, invisible y no menos real: simplicidad y verdad de nuestras relaciones y amistad; y el don misterioso de conocernos y amarnos. Crece la comunión cuando aceptamos la mediación, no sólo del superior, sino también de las hermanas. Profundizando y buscando en la oración los caminos del Padre, daremos nuestro parecer y escucharemos con interés y apertura la opinión de todas las demás y podemos así mismo converger en la decisión autorizada.

Cada vez se ve más necesario y fructífero para todas que la priora tenga en cuenta el principio de subsidiariedad, dejando trabajos y funciones que no son necesariamente propias de la priora, para otras hermanas. Que asuma su función principal de guía espiritual y educadora de una comunidad adulta, con personas capaces de asumir responsabilidades con fidelidad. Ésta función es mucho más importante y no delegable que la responsabilidad de muchas minucias diarias. A la vez nos parece que esta forma de gobierno más horizontal, es más apta para crear auténtica fraternidad entre las hermanas, puesto que “tiene la función de favorecer la fraternidad creando condiciones para la comunicación, la aceptación mutua, la desdramatización de los problemas y tensiones interpersonales (...) En este tipo de obediencia crece la comunidad porque además de la obediencia a la legítima autoridad existe la obediencia que podemos llamar fraterna, que, desde la apertura a Dios procura cumplir su voluntad que se resume en el amor a Él y al prójimo”.⁶³

Concretizando:

- Buscar juntas a través de la oración la voluntad de Dios para resolver los problemas.
- Fidelidad al propio carisma. ¿Qué haría hoy nuestra Madre Teresa?
- Estar abiertas al parecer de cualquiera de las hermanas que nos pueden iluminar en el discernimiento de la voluntad de Dios.
- Buscar la autoridad como servicio y no como dominación.
- Denunciar el autoritarismo, el individualismo que genera egoísmos y tensiones.

Conclusión

Cada voto es un don del Espíritu para la Iglesia. Tiene una dimensión universal de testimonio y una perspectiva social en cuanto recuerda al mundo ciertos valores evangélicos y denuncian lo que se opone a ellos. En la comunidad se dan

⁶³ Texto base, págs 32-33

experiencias de Dios, de madurez, de purificación y de crecimiento, de conocimiento y transformación en Cristo. Tiene como soporte el “grupo humano”; y esta realidad humana paga tributo a virtudes y defectos. En la comunidad se dan grandes virtudes, como pueden ser: el sacrificio oculto, la disponibilidad, la generosidad, la acogida, el desprendimiento y el servicio.

Pero también se dan: Los malos entendidos que no resueltos crean prejuicios, la intolerancia, la apatía, la pereza, los egoísmos, las envidias y el dominio de unos sobre otros.

Son las mismas actitudes que vivía la comunidad de Jesús.

3. ¿Qué conclusiones prácticas sacas de estas líneas doctrinales sobre la vida comunitaria?

- Tenemos la gran responsabilidad de confrontar nuestra vida con el modelo trinitario. Vivir a fondo esta espiritualidad de manera que se nos contagie este espíritu de relación de amor.
- Vivir al estilo de la Trinidad es vivir en el amor, entrega y servicio mutuos. Tener la certeza de que somos imagen de la Trinidad, sabiéndonos habitadas por ella lo cual nos ayuda a tomar conciencia de nuestra dignidad y responsabilidad.
- Frente al ideal trinitario que tenemos como modelo en la vida fraterna, vemos que no nos hallamos en la meta pero sí en el camino. Hemos de ser conscientes de que siempre estamos en proceso de crecimiento. Nuestra vida no es algo ya dado, sino que en nuestras relaciones se da un “tira y afloja” en un camino que exige mucha responsabilidad y formación. Ha de haber una reciprocidad en el dar y recibir.
- Somos familia, grupo unido por Dios, en el que Él mismo es nuestro modelo. Es el amor, la comprensión, la ayuda mutua lo que nos hace comunidad y no simplemente el hecho de vivir juntas y llevar el mismo hábito. Ya la Santa había intuido esa realidad, *“aquí todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar...”*⁶⁴
- La vida consagrada posee el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Este logro puede resultar hoy en día crucial para la vida consagrada sobre todo en esta sociedad nuestra en la que el individualismo se acentúa cada vez más penetrando todos los ámbitos, también el de nuestras comunidades.
 - La comunidad nunca es explicable desde la razón, sólo es comprensible desde la fe. Se trata de vivir la fraternidad con una dimensión teológica. Esto conlleva a una conversión constante. En la comunidad hay que salvar inevitablemente el conflicto entre tendencias disgregadoras del yo y las exigencias de la comunión.
 - Cuando la fe decae, se entra en el sin-sentido y la vida comunitaria se hace penosa. Pero una comunidad de fe no excluye que entre sus miembros se den disensiones, ya que todos somos distintos.

⁶⁴ CV 4,7

- La vida comunitaria será una comunión gozosa cuando sus miembros estén formados y capacitados para asumir todo conflicto. Animando a las personas cuando este proceso se hace doloroso. **La relación en la propia comunidad es lo más importante.** Para ello se requiere potenciar el amor, el diálogo, la ayuda mutua, que nos haga experimentar la vida comunitaria, como un don del Padre, que nos llama a ser un signo de la Trinidad.⁶⁵
- La comunidad es también lugar de escucha, del Maestro y de los hermanos. Un estar atentas a los diferentes lenguajes.
- La vida fraterna es un reto al egoísmo personal, un camino de integración de lo personal y comunitario, de la capacidad de dar y recibir. Los otros con su estima, amor y perdón nos ayudan a conocernos, a aceptarnos y a cambiar.
- Hoy, sobre todo, se nos pide volver a lo esencial con empeño. Lo esencial no es algo neutro e impersonal, sino una Persona viva y vivificante que es Jesús, su modo de existir y de actuar ante el Padre y los hermanos. Desde este criterio se necesitará muchas veces evaluar y discernir los momentos comunitarios.
- Se necesita una ascesis personal y comunitaria porque la vida de cada día supone proceso y progreso. La purificación apunta a la libertad y al desarrollo de cada miembro.
- Hemos sido convocadas por Dios para ser una epifanía, un reflejo de Dios Trinidad. Poner en común el amor es poner en común todo lo demás, también las diferencias, las características personales como una complementariedad de carismas, de dones. Un reto al mundo en que vivimos.
- No hay que olvidar la dimensión de cruz en el cumplimiento de los votos y que por nuestra limitación estamos expuestas a la incoherencia. Nuestro modelo es Jesús que no eligió un mesianismo triunfal, sino al modo del Siervo de Yahvé. Hay que actualizar en el ahora al Cristo de la Revelación: el pobre y el que sufre pueden no sernos atrayente, pero podemos ver en ellos a Cristo que nos salvó desde la Cruz. De ahí surge la vida nueva con el gozo de la fraternidad divinizada.

Vemos necesarias las siguientes actitudes:

- favorecer la comunicación para tomar conciencia de formar familia y acoger la diversidad con respeto
- valorar los carismas que cada hermana aporta
- ser comunidades contemplativas capaces de traducir en gozo su experiencia de seguimiento de Jesús con una vida sencilla, amable, confiada y sensible para acoger toda situación humana
- no extrañarnos de las dificultades de la convivencia porque incluso Jesús fue un escándalo para los suyos
- acogernos unas a otras, tal y como somos, con nuestros dones y debilidades;
- el perdón es base para una sana fraternidad
- evaluaciones periódicas sobre cómo vivimos la vida fraterna en comunidad
- vivencia de la obediencia como búsqueda comunitaria de la voluntad de Dios;

⁶⁵ Cfr VC 41

- no asustarnos de nuestras incoherencias y debilidades; aprender a asumir y afrontar los conflictos. Que todo ello nos ayude a avivar la fe.
- estudiar si las estructuras actuales de la comunidad ayudan o no a cada una y a todas, a vivir nuestra vida y a crecer como personas;
- ir aprendiendo día a día a ver a Dios y como Dios: saber que Cristo está presente entre nosotras e intentar mirar a todas y a todo con los ojos de Dios.
- todo se podría resumir en el gesto de Jesús en la última cena al lavar los pies a los discípulos, y ponernos en actitud de disponibilidad y servicio⁶⁶.
-

Terminamos esta síntesis con un texto de Dietrich Bonhoeffer, “Vida en comunidad” que condensa lo que aportamos: “Cuando Dios se hizo misericordioso revelándonos a Jesucristo como hermano, ganándonos para su amor, comenzó también, al mismo tiempo, a instruirnos en el amor fraternal. Su misericordia nos ha enseñado a ser misericordiosos; su perdón a perdonar a nuestros hermanos. (...) Dios nos enseña a acogernos como El mismo nos acogió en Cristo”. *“Acogeos pues, unos a otros como Cristo os acogió”*⁶⁷

III. PERSPECTIVA HISTÓRICA DE LA VIDA COMUNITARIA

1.- *¿Qué conclusiones sacas al constatar la evolución histórica de la vida comunitaria?*

Uno de los elementos fundamentales de la vida religiosa es la fraternidad, pero “fraternidad” no es un término exclusivo del cristianismo. Antes del cristianismo las culturas y las religiones hablaban de fraternidad desde sus propios conceptos. Un estudio histórico sobre la evolución de este término⁶⁸ nos muestra cómo desde el judaísmo y el mundo griego, pasando por la Ilustración hasta el marxismo, cada generación ha aspirado a la comprensión y vivencia social de una fraternidad.

En esta evolución, la aportación del cristianismo tiene una connotación única porque **la fraternidad del cristianismo está construida desde la presencia histórica del Resucitado**. Jesús nos ha revelado a través de su vida y sus palabras el Amor infinito del Padre y por su Pascua nos ha introducido en unas nuevas relaciones con Dios Trinidad y con los hombres. El Evangelio depura este concepto humano de fraternidad. No es una filosofía más sino una

⁶⁶ Cfr Jn 13,1-17

⁶⁷ Rm 15,7

⁶⁸ Cfr *La fraternidad de los cristianos*. Joseph Ratzinger

revelación por parte de Jesús como Hijo de Dios de cómo es la comunión divina (Trinidad) y cómo debe ser la fraternidad entre nosotros.

Una mirada a la historia nos hace comprender que la vida de los seguidores de Jesús queda afectada por todas las vicisitudes de la humanidad, con sus luces y sus sombras. Jesús se encarnó en nuestra historia y la Iglesia es parte de esta historia. Pero no es un acoplamiento sin más entre historia e Iglesia. La fraternidad cristiana es una realidad humana, sin duda, pero no es sólo eso. Hay una obra del Espíritu y una respuesta humana a ese don de Dios, una respuesta en constante purificación y crecimiento. La fraternidad en la vida comunitaria está formada por personas vivas, en permanente evolución, provenientes de una sociedad concreta, enclavadas en un momento histórico pero con una llamada divina personal⁶⁹ y con una experiencia de ser convocadas.⁷⁰

Es histórico que Jesús formó en torno a sí una comunidad fraterna. En los Hechos de los apóstoles, Lucas nos presenta compendios o cuadros de este nuevo estilo de vida que es la Iglesia, fruto del Espíritu⁷¹. La tradición espiritual de la Iglesia, desde el primer monacato, ha hecho referencia a estos fragmentos como modelo fundador e insuperable de la vida cristiana. En este icono de Iglesia fraterna aparece toda la fascinación y nostalgia de la novedad cristiana. Este ideal está tejido en las relaciones interpersonales y necesita de un mínimo de estructuras. Desde los inicios de la Iglesia ha habido **jerarquía, carisma, moral** y **amor** representados por las figuras de Pedro, Pablo, Santiago y Juan. La fraternidad se resitúa constantemente en estos cuadrantes, no sin tensión a veces. El libro de los Hechos también nos habla de conflicto dentro del icono de la fraternidad⁷² y muestra cómo el avance⁷³ puede surgir del mismo conflicto⁷³.

Son las estructuras de la fraternidad las que han ido evolucionando junto con el tiempo, aunque no al mismo paso de la historia. Se puede decir que muchas veces el sector más visible de la Iglesia ha ido por detrás de la sociedad, pero también reconocemos que muchos santos se han anticipado en sus intuiciones al desarrollo de la historia y la han transformado. Las estructuras de la vida fraterna han reflejado en cada época, más o menos, las circunstancias socioculturales-económicas de quienes componen la vida comunitaria. Con frecuencia esas estructuras han hecho perder la frescura del Evangelio y ha habido desviaciones. Por otra parte, si es verdad que no todos los criterios de la

⁶⁹ Cfr Mc 1,16-20; Hch 9, 1-19; 2Cor 4,7

⁷⁰ Cfr Mt 18, 19-20; 28,20; Jn 15, 15-16

⁷¹ Cfr Hch 2, 44-47; 4,32-37

⁷² Cfr Hch 6, 1-6; Hch 11, 1-4; Hch 15,1-5ss; Hch 15, 39

⁷³ Cfr Hch 8, 1-8; 8,40; Hch 9, 1-19; Hch 20, 22 -35

sociedad secular convienen al Evangelio, hemos de reconocer que los mayores hitos del cristianismo coinciden con una actitud positiva y creativa hacia la historia, acogiendo, por parte de la Iglesia, los signos de los tiempos y creando un compás entre el caminar histórico y la esperanza escatológica. Lo contrario ha supuesto muchas veces una actitud de involución, bien con formas de separación del mundo, fijación de estructuras y predominio de la observancia. Ha habido épocas en que una visión positiva o defensiva ha predominado, pero estas visiones siempre caminan juntas en la Iglesia, en cada grupo e incluso en cada persona.

A partir del Concilio Vaticano II el mandato del amor fraterno pasa a ser el cimiento de la vida consagrada y las estructuras intentan servir al valor de la persona. Se puede hablar de un nuevo momento eclesial de renovación en el cual se recuperan las relaciones interpersonales, el diálogo y la comunión en la diversidad. Pero el Vaticano II también ha sido un evento histórico y, como tal, supone un “impás” entre el suceso “en sí”, es decir, lo que se logró, y el momento histórico personal -lo que vivo- y lo que vivimos. No es fácil su aplicación. En la actualidad se constatan, además, cambios tan profundos en la sociedad, cambios decisivos en las relaciones con Dios y con la Iglesia, que el recuperar una madurez y unos valores no nos ha evitado, por desviación, el riesgo de perder otros.

Concluyendo:

Percibimos que lo esencial sigue siendo encarnar “hoy y aquí” la vida de los discípulos alrededor de Jesús como “pequeño colegio de Cristo”⁷⁴. El Vaticano II ha devuelto fresca evangélica a las formas de vida comunitaria. La vida fraterna conserva la profecía en la Iglesia, pero su testimonio pone a prueba hoy nuestra capacidad de seguir a Jesús en la “intemperie”.

2.- *¿A la luz de tu experiencia qué tipo de vida comunitaria predomina entre nosotras?*

Objetivamente el Carmelo teresiano de hoy pertenece al siglo XXI de la historia y a la Iglesia posterior al Concilio Vaticano II. La realidad cotidiana nos lleva a admitir que cada comunidad y hasta cada miembro tiene su ritmo, nada es químicamente puro: podemos convivir juntas personas de mentalidad avanzada y tradicional; podemos tener adaptadas unas estructuras y anticuadas otras. Por eso es difícil un intento de clasificación.

⁷⁴ 7CE 20,1

Hay algo cierto y muy importante: en nuestra vivencia de fraternidad teresiana se ha empezado una nueva andadura desde el Concilio Vaticano II. Es una realidad donde el avance no es linealmente progresivo pues cada comunidad crea un estilo propio de familia que asume paulatinamente.

En las respuestas de las Federaciones hay unas **coincidencias comunes**; no somos tan distintas unas de otras. Pero sí, a veces, nuestro momento da protagonismo a unas palabras y a unos conceptos más que a otros y esa diversidad, además de enriquecernos, da frutos de comunión.

La sentida necesidad de un cambio de tipo de vida comunitaria no depende, principalmente de la edad, sino que en parte es temperamental, y por la formación recibida antes y después en el Carmelo. El cambio se da si se favorece la asimilación de la doctrina y un sano sentido crítico sobre su aplicación concreta. Cada comunidad tiene su estilo y dentro de ella sus experiencias.

Alimentos indispensables son la palabra de Dios y la Eucaristía, la vida teologal, la oración, el estudio y la reflexión personal y comunitaria.

Hemos visto que en nuestras comunidades actualmente predomina:

- Que tienen a **Cristo por centro** y desde el Vaticano II ha cambiado el **acento** de la observancia por el de la **comunicación**. Es un largo camino de renovación que no ha concluido.
- Nos encontramos en una **época de exilio**, despojadas de toda seguridad humana y adentrándonos por “nuevos caminos” no sabidos. Lo esencial sigue siendo el Evangelio, que es camino de esperanza.
- Vivimos un tiempo de **búsqueda y superación**, no exento de sufrimiento, anteriormente por la tarea de conversión del pasado a las nuevas exigencias del Concilio, y ahora por la falta de vocaciones y el envejecimiento.
- Los Documentos del Concilio Vaticano II deben ser siempre punto de referencia en nuestra adaptación de vida comunitaria, teniendo en cuenta al mismo tiempo que han pasado ya cuarenta años desde su celebración y se dan ya **nuevos signos de los tiempos**.

- Hay un esfuerzo por una vida comunitaria más **evangélica y teresiana**, con unas relaciones más cercanas⁷⁵.
- Vemos que la comunidad va construyéndose a través de relaciones interpersonales de aceptación, aprecio y amistad que exigen el **amor fraterno probado**, dentro de estructuras que van haciéndose más flexibles, que favorecen la comunicación, la libertad, el respeto, la integración de diferencias, la corrección fraterna, el mutuo conocimiento y la corresponsabilidad.
- Necesitamos a nivel comunitario y personal una espiritualidad profunda, teniendo como centro y referencia al Señor. Una espiritualidad también que nos haga estar **abiertas a lo imprevisto**.
- Tratamos de vivir una integración fraterna en la que cada una pueda encontrar el mejor cauce y ayuda para su crecimiento personal. Desde un mejor **conocimiento interpersonal** podremos dar pasos positivos de renovación.
- Estamos construyendo comunidades menos formalistas, menos autoritarias, más fraternas y **más participativas**.
- Vemos que nuestro tiempo sigue siendo tiempo de edificación continua a través de la **aceptación de la hermana, el perdón, la reconciliación y el amor paciente**.
- Sin embargo aún quedan algunos resquicios de vida comunitaria de **tipo piramidal**, se echa de menos una verdadera comunicación y que cada hermana se responsabilice como miembro activo. Cada una debe saber qué, cuándo, cómo y hasta qué punto es lo exigido por su vocación y su vivir en comunidad.
- Constatamos también un **cansancio** que se manifiesta en cierto desencanto a nivel de comunidad, federación, diócesis... y se vive la tensión entre el deseo de caminar hacia delante y un conformismo aferrado a vanas seguridades.
- Los **prejuicios** a superar serían: la tentación de que el diálogo es imposible y conformarnos con lo que hacemos, dándolo por suficiente.

⁷⁵ Cfr C 4,7

- A veces no hemos avanzado por **debilidad**. Cada comunidad, por ser un grupo pequeño, está más sensible a cualquier influencia, tanto de la gracia como del pecado.
- El presente es difícil y podemos vivir la tentación de proteger más que de arriesgar. Es un **reto** convertir en gracia la debilidad de estos momentos.
- Aunque nuestras comunidades son ámbito de la Presencia de Dios, desde fuera pueden vernos medievales. No es fácil adquirir una adaptación a la vez que mantener una fidelidad a normas en vigor.

Concluyendo:

Históricamente nadie puede sustraerse al influjo real del presente que le toca. El Concilio Vaticano II ha reconocido la diversidad no como un Babel sino como un Pentecostés y ha puesto a la vida religiosa, en especial, en este amplio círculo del Espíritu. Nuestras diversidades, por gracia o por pecado, son lo real de nuestra comunión construida en torno a Jesús. Es tiempo de edificación continua a través de una espiritualidad profunda y auténtica.

3.- ¿Qué es lo más urgente para la renovación de la vida fraterna en comunidad?

Vivimos cambios tan profundos y rápidos que experimentamos desconcierto a veces y no nos es fácil decir qué es lo más urgente para una renovación de la vida fraterna. Tampoco podemos evitar la edad creciente de las comunidades, sin repuestos y lo que esto comporta.

Teresa de Jesús fue una mujer muy informada de las convulsiones de su tiempo y cuando se planteó una aportación específica quiso reforzar sobre todo la **vida interior** y la **fraternidad**. Fue como introducir una semilla en el tiempo mediante un carisma o, como ella lo expresa, tener una estrategia eclesial.

La caridad es un carisma, el mayor de todos.⁷⁶ Necesitamos cuidar la vida interior, la vida teologal a través de la liturgia, la oración personal y comunitaria, la formación. Tenemos experiencia de que quien tiene un hondo

⁷⁶ Cfr VFC nº 56

sentido de llamada posee sabiduría evangélica para hacer síntesis en su propia vida.

La realidad del vivir cotidiano nos invita a considerar como más urgente, para la renovación de nuestras comunidades la dimensión teológica de nuestra vida:

- **La fe.** Por ella acogemos el don de la fraternidad. Hemos recibido el don de ser llamadas a vivir en fraternidad. Este don de Cristo nos enseña a ver en el otro un hermano.
- **La esperanza.** Nos mantiene fuertes en la debilidad y atentas a lo pequeño. La experiencia de nuestros límites y fallos nos hace más comprensivas y fáciles al perdón. La fraternidad es ya realidad del Reino de Dios entre nosotras pero caminando hacia su plenitud. La esperanza nos abre a la gratuidad y al agradecimiento, a la paciencia y a la constancia, ofrece sentido al presente y horizonte al sufrimiento.
- **La caridad.** El amor supedita todo lo demás. En la caridad se armonizan las diferencias y se da hondura y autenticidad a nuestra relación. Sin ella no es posible la acogida, el diálogo y el perdón. Debemos ser conscientes también de nuestras necesidades de cariño, respeto y ayuda.
- **Cuidar el clima comunitario.** El peligro del individualismo está más presente en nuestras comunidades al posibilitarse una falsa libertad; podemos vivir en común y no tener una vida comunitaria. Aún manteniendo estructuras flexibles hay que encontrar el equilibrio -no fácil- entre la libertad personal y el bien común, y debemos saber pagar el precio de la libertad, que supone la renuncia.
- **Renovación personal.** La comunidad se construye con la fuerza espiritual de cada uno de sus miembros.
 - La formación está destinada a construir comunidades maduras.
 - Un tema delicado es la corrección fraterna, evangélica, y aunque difícil, necesaria.
 - Es preciso ayudarnos en el conocimiento propio y en la acogida mutua tal como somos.
 - Es necesaria la estima mutua y la comunicación de la propia experiencia humana y espiritual.
- **Diálogo y escucha.** Sigue siendo necesaria una estructura de diálogo en la que se desarrolle la objetividad y la escucha.
- **Información** correcta para un buen discernimiento.
- **Amistad teresiana.** Fundada en la sencillez y transparencia, crea la comunión, verdadero testimonio dentro de esta sociedad de uniones tan inestables.

Conclusión

Vemos que la renovación de la vida fraterna en nuestras comunidades hoy se realiza a través de los mismos valores que propuso Santa Teresa al inicio de la fundación del Carmelo teresiano, valores que eran una vuelta al Evangelio. En su tiempo, ella modeló unas estructuras para esos valores desde un concepto de sociedad, de Iglesia y de mujer. Tanto la sociedad, como la Iglesia, como la valoración y misión actual de la mujer han cambiado. Es parte de la fidelidad al Espíritu seguir viviendo los valores del Evangelio dentro de nuestro momento histórico en búsqueda de las estructuras adecuadas.

IV. PERSPECTIVA CARMELITANA

1) ¿Cómo enriquece tu vivencia de la vida fraterna en comunidad la perspectiva teresiano-sanjuanista?

Lo primero que queremos hacer notar es que los Santos Padres tuvieron una gran intuición y se adelantaron a los tiempos abriendo caminos nuevos en su forma de entender y vivir la vida fraterna en comunidad. Se adelantaron incluso al Concilio Vaticano II. Su doctrina es totalmente actual y práctica. Fuente de riqueza no solo para nosotras sino también para la Iglesia.

Teresa de Jesús, nuestra Madre, es iniciadora de un nuevo estilo de vida consagrada fruto del proceso de su vida espiritual y de las singulares gracias que recibió. Los rasgos de su carácter y las circunstancias que rodearon su vida, especialmente los años de vida carmelita en la Encarnación la fueron llevando progresivamente a la fundación de la nueva comunidad de San José. Una comunidad que es del Señor, obra suya. El la realiza y sostiene por su Espíritu. Para realizar este proyecto tuvo la ayuda de S. Juan de la Cruz, padre y maestro espiritual del Carmelo reformado, que recibe el mismo espíritu, aunque con

diversa misión. El la reconoce como madre y fundadora. Los dos, con su docilidad a la gracia de Dios, han puesto los cimientos de la Orden⁷⁷ y con su doctrina nos guían al puerto de una auténtica vida comunitaria.

Su ejemplo de vida, los dones que recibieron del Espíritu, su magisterio y la tradición viva mantenida a través del tiempo, no sólo nos enriquecen, como puede hacerlo todo lo que en sí mismo es valioso, sino que forma parte de nuestra vocación y crea ese estilo peculiar de hermandad muy humano y plenamente evangélico que nos define. Esta es nuestra heredad, el más valioso patrimonio que, no sólo poseemos en común por ser miembros de esta familia, sino que nos hace verdaderas hijas suyas. Al ser llamadas por el Señor a pertenecer a esta familia del Carmelo teresiano participamos del carisma que el Espíritu les concedió para edificación de la Iglesia.

Esta rica tradición se ha mantenido viva y se ha transmitido fielmente hasta nosotras a pesar de las vicisitudes de nuestra historia que la han puesto en peligro y de los intentos de suplantarla por la forma de vida que el P. Doria impuso y que tanto ha influido en la vida del Carmelo teresiano. Hoy, gracias a la renovación exigida por el Concilio, va quedando atrás.

El rápido y profundo cambio cultural y social de nuestro mundo y las circunstancias de la vida real condicionan e influyen sobre el modo de vivir la vida de comunidad y nos invita a no anclarnos en el pasado, a mirar con realismo el presente, a discernir los signos de los tiempos teniendo en cuenta las directrices postconciliares. La perspectiva teresiano-sanjuanista enriquece nuestra vivencia de la vida fraterna, en cuanto nos urge a encarnar y renovar constantemente el carisma, personal y comunitariamente; y nos orientan e iluminan, con gran profundidad teológica y sentido humano y práctico, a vivir en el día de hoy, con las adecuaciones propias de cada cultura.

La herencia de nuestros Santos Padres no son unos consejos piadosos, ni una doctrina abstracta que se queda en teoría. Nos han dejado marcado un estilo de vida que ha nacido de la experiencia y pautas muy claras a seguir. La vida comunitaria es un elemento esencial de nuestro carisma, una de las facetas más ricas y características del Carmelo teresiano. Teresa y Juan, desde su misión, la enriquecen con perspectivas diferentes:

- **Teresa de Jesús**

En el fondo del movimiento de renovación de Teresa está la valoración de la persona en sus dos dimensiones: ser solitario y ser social. Dimensiones que corresponden a las básicas del carisma: contemplación-comunión con Dios y

⁷⁷ Constituciones 1991, n.9

fraternidad. Toda persona humana es un ser único, irrepetible –soledad- y un ser social, recíproco –fraternidad-. Actualmente las aportaciones de la antropología y de la psicología, dan la razón a la Santa.

El estilo de vida comunitaria que la Santa intuyó y propuso para su Carmelo es, por tanto, plenamente evangélico. Cristo vivo y presente en medio de nuestras comunidades es el centro, la razón de nuestro existir y el vínculo profundo de nuestra hermandad. La fraternidad que nos revela el evangelio es comunión en Cristo. No hay comunidad cristiana sino en torno a Cristo, cimentada en lo teologal. Él nos ha congregado y por esta realidad de fe, nuestras relaciones son mucho más que una amistad simplemente humana. Los que viven desde aquí, *“aman de muy diferente manera”*⁷⁸

Si el inicio y cimiento es **la amistad con el Señor**⁷⁹ la vida fraterna muestra y enriquece la autenticidad de esa unión. De la raíz del amor de Dios nace el amor al prójimo. Teresa nos enseña a vivir de manera inseparable la oración contemplativa y la vida fraterna, no fuera el caso que pudiéramos pensar que el objeto de la contemplación es gozar de manera individualista de la intimidad con Dios al margen de la vida comunitaria. Todo el ejercicio de oración y contemplación no tiene otro fin que alcanzar el **amor de Dios y del prójimo**, un amor que se ha de traducir todos los días en obras: cualquier servicio humilde, una palabra amable, una actitud deferente, poner alegría en la recreación, o sencillamente cumplir bien con la propia tarea asignada... es llegar a configurarnos plenamente con Cristo y amar unidas a Él. Este es el enfoque que da la Santa en las Moradas Quintas al hablar de la oración de unión. Y esto es *“ser espirituales de veras”*⁸⁰.

La vida de comunidad está al servicio del crecimiento de cada hermana hacia la comunión con Dios; y la oración ilumina la vida fraterna. El **estilo de comunidad** teresiana conjuga soledad y relación; silencio y comunicación; austeridad y alegría en un sabio y armónico equilibrio. La generosidad es amable, la vida fraterna es familiar, con una relación sincera y transparente. No siempre es fácil el equilibrio entre oración en soledad y amor fraterno, entre silencio y palabra. Bien vivida y profundizada nos da la libertad de espíritu deseada, crea la armonía en la vida de comunidad, pero tenemos que estar despiertas y dejarnos moldear por el carisma de nuestros Santos Padres, pues la flaqueza humana tiende a acentuar uno en detrimento del otro, rompiendo así la armonía. El amor entre las hermanas asegura la presencia del Señor en medio de la comunidad; si nos falta el amor *“piensen y crean han echado de su casa al Esposo”*⁸¹.

⁷⁸ C 6,3

⁷⁹ Vida 8; 19, 4; 22,11; Camino 1,2; 1Moradas 1,7; 7M 4,6

⁸⁰ 7M,4,8

⁸¹ Cf CV 7,10

El ideal de la comunidad teresiana es ser **escuela de comunión** donde se viva el evangelio con radicalidad pero, a la vez, con amor, suavidad y delicadeza en una forma de vida sencilla. Teresa sabe que el amor es fundamental. Por ello no edifica la comunidad sobre normas, reglas, sino sobre el amor: amor a Dios y a las hermanas. El humanismo de la Santa hace que en la comunidad todo se mueva por amor, con suavidad, no a la fuerza ni con rigor. A la priora le recomienda: *“procure ser amada para que sea obedecida”*⁸².

Cada hermana es, para la comunidad, **un don de Dios y una tarea** que es necesario acoger cada día. De ahí la insistencia de Teresa en **educar en el amor**. La comunidad es sostenida por el Espíritu que se derrama en nuestros corazones y nos capacita para amar con un amor hecho perdón y misericordia, concreto y realista que no se contenta *“con grandes deseos irrealizables de aprovechar a todo el mundo”*⁸³ y descuida la obligación que tenemos con las que están a nuestro lado. La Comunidad ha de ser **escuela de formación**, aunque no haya novicias. Con nuestro ejemplo nos despertamos las unas a las otras a ser mejores.

Valoramos como un gran avance de la Santa en su tiempo, la intuición de crear comunidades con un **número reducido de miembros**. Esto favorece el tono de familia en un ambiente cálido, entrañable y humano pero con una vida de exigencia interior que cuida la educación y la virtud. Teresa nos quiere pocas pero **personas vocacionadas**, con talento y psicología sana que permite a la comunidad mantenerse unida con un margen limitado de conflictividad. También fue una gran novedad las **dos horas de recreación** que introdujo en el horario y que bien gastado para la necesaria distensión del cuerpo y del alma favorece el mutuo conocimiento, la estima y comprensión, así como el vivir las relaciones fraternas como amistad.

La Santa sitúa la vocación en la perspectiva de la gracia⁸⁴ y nos abre a **horizontes eclesiales amplios**⁸⁵. Para eso nos juntó Dios a formar el pequeño *“Colegio de Cristo,”*⁸⁶ este *“castillito de buenos cristianos”*⁸⁷ y *“amigos fuertes de Dios”*⁸⁸ para que, viviendo en comunión de vida con El sintamos **las necesidades de la Iglesia y del mundo** y les ayudemos con nuestra oración y sacrificio. Nuestras comunidades dan testimonio de que es posible el amor

⁸² Cs Pr 34

⁸³ 7M 4,14

⁸⁴ Cfr C 3, 3; C 8, 2

⁸⁵ F 1, 7; C 1; C 3

⁸⁶ CE 20,1

⁸⁷ C 3,2

⁸⁸ V 15,5

puro, universal y gozoso pese a las dificultades que una vida en común lleva consigo y mantenerse unidas superando los inevitables conflictos con el perdón y la misericordia.

- **Juan de la Cruz**

Tiene una misión particular en el nuevo Carmelo como **guía y maestro** de los caminos del espíritu. Nos orienta con fuerza, como la Santa, hacia el aprendizaje del amor más puro, *“que tanto provecho hace a la Iglesia”*⁸⁹. Nos invita a dejar lejos la retórica del mundo, las parlerías y la elocuencia seca de la humana sabiduría; nos lanza, por sus escritos llenos de realismo, hacia las características del pájaro solitario que definen los rasgos de toda vida contemplativa. La fe en Cristo, nos lleva a *“hallar en Él más de lo que podemos pedir o desear”*.⁹⁰ Y nos centramos en la oración del alma enamorada *“Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes. Los justos son míos, y míos los pecadores. Los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí”*⁹¹

Sus obras no hablan directamente de la vida comunitaria, pero su doctrina toca la raíz más profunda de nuestro egoísmo y orgullo para dominarlo, y salir con provecho de los conflictos de la convivencia creciendo en el amor. Sus palabras aparentemente duras, son guía en momentos de purificación y oscuridad personal y comunitaria. El Santo nos anima en la tarea de ir configurando nuestra vida con la de Cristo. Consciente de las dificultades y fatigas que supone el paso del hombre viejo, que tiende a encerrarse en sí mismo, al hombre nuevo, recreado en Cristo, nos pone en la dinámica de la vida en comunión y en la vía para la integración de la comunidad desde la aceptación y acogida de cada una.

El Santo no sólo es maestro sino también modelo y ejemplo. Supo en su vida de gozos y dolores de la vida fraterna: sensible al magisterio de una mujer, hermano y amigo de muchas carmelitas a las que guió, humilde para las grandezas entre sus hermanos, fiel en la persecución, manso en las injurias, poeta, confesor, superior, enfermero... Lo que de verdad necesitan la Iglesia y las comunidades son personas humildes con una gran capacidad de servicio.

⁸⁹ Cántico B 29,2

⁹⁰ 2.S 22,5

⁹¹ Dichos 26

Es bueno releer la doctrina de Juan de la Cruz en el contexto actual, no al pie de la letra sino sabiéndola interpretar. Esto nos motiva a mantener en tensión el empeño de estar bebiendo continuamente en la fuente de los Santos Padres, que al ser actualizada, resulta cada día novedosa en riqueza y contenido.

Concluyendo

El **pequeño colegio de Cristo** no es sólo simple realización humana, es “*una perspectiva de gracia*”.⁹² Las vivencias de la vida comunitaria nos van liberando hasta lograr una vida auténtica en las dos dimensiones queridas por la Santa: **orantes y fraternas**. Nos ayudan a sentirnos mujeres adultas, libres, respondiendo gozosamente a la invitación del Señor a **estar con él de forma permanente** siendo **siervas del amor** explicitado en la convivencia. Sólo los grupos fuertemente unidos pueden mantener la pureza del ideal teresiano con auténtica capacidad de irradiación.

2.- ¿Qué otros aspectos descubres, a la luz de tu experiencia, en la forma de la vida fraterna en comunidad en la línea del carisma y de la espiritualidad del Carmelo teresiano?

Además de las características de la comunidad teresiana que hemos expuesto en la pregunta anterior y que marcan el estilo de nuestra fraternidad, señalamos estos otros aspectos:

- **La doctrina del concilio Vaticano II ha marcado nuestra experiencia comunitaria actual.**

La nueva visión de la teología sobre el misterio de la Iglesia y la vida religiosa ha marcado nuestra manera de vivir hoy el estilo teresiano de fraternidad y se refleja en nuestras respuestas. Unas veces porque, de alguna manera, ha revalorizado lo que ya teníamos abriéndolo a nuevos horizontes y haciéndonos caer en la cuenta de la gran intuición y actualidad de la experiencia y doctrina de los Santos Padres; otras, porque nos ha invitado a buscar nuevas formas de vivir el carisma hoy. El deseo de fidelidad es el que nos impulsa a beber en las fuentes de nuestra espiritualidad y a seguir avanzando con creatividad. Hoy somos más conscientes de la riqueza de la Palabra de Dios y la tenemos más a nuestro alcance; se habla de equilibrio y salud psíquica y física, de capacidad de ser lúcidas en los conflictos y de asumirlos, del esfuerzo por una santidad no sólo personal sino comunitaria con una irradiación apostólica de forma que la clausura ayude a la oración pero no nos aísle del mundo.

⁹²Cfr.C 4,4

A pesar de nuestros esfuerzos quedan algunos aspectos que mejorar o recuperar. Estamos en camino. Un camino que no es fácil, pero que no recorreremos solas. Nos alienta la certeza de que la comunidad es del Señor, obra suya, El la realiza y sostiene por su Espíritu.

- **Somos Iglesia**

Nuestra vocación eclesial se inserta en ese misterio de comunión que es el pueblo de Dios. La vida religiosa nacida en la Iglesia se ha experimentado como un don a lo largo de los diferentes momentos históricos. Somos carmelitas porque somos cristianas. Cuanto más nuestra vida se identifica con Cristo, más nuestra consagración resplandece con su propio lenguaje y forma peculiar de vivir el seguimiento de Jesús.

- **Aspecto mariano.**

Maria llena con su presencia la vida del Carmelo teresiano y confiere un sello mariano particular a nuestra comunión fraterna. Somos una familia consagrada especialmente a su amor y culto. Como las primeras comunidades cristianas perseveramos *“en la oración junto con Maria la Madre de Jesús”*⁹³.

- **Un estilo de familia**

Las enseñanzas de nuestros Santos Padres son una palabra siempre actual. Ocurre un poco como con la Palabra de Dios que *“es viva y eficaz”*⁹⁴. Esta es la fuente de nuestra espiritualidad en la que bebemos cada día y que nos forja como carmelitas. En la medida que vivimos desde la fe el enfoque que hacen de la vida comunitaria nuestros Santos crecemos como personas y nos capacita para aceptar estilos y mentalidades distintas y discernir lo que es esencial de lo que no lo es.

- **Comunión en el amor.**

El amor fraterno que nuestros Santos enseñan tiene su fuente en Dios, por eso la confianza entre las hermanas no es solamente humana por estar enraizada en este amor:

- **Responsables unas de las otras**

Vivir en comunidad nos hace responsables unas del crecimiento de las otras *“con ese calor propio de un corazón nuevo que sabe acoger a la persona en su totalidad”*⁹⁵ Es necesario educarnos también para el perdón y la misericordia. No escandalizarnos por los defectos de las hermanas, ni

⁹³ Hch 1, 14

⁹⁴ Hb 4,12

⁹⁵ VFC 37

murmurar de ellos, tampoco acudir de inmediato a la corrección sino *“practicar la virtud contraria a la falta”*⁹⁶.

- **Aprendemos unas de otras.**

Ver encarnado el carisma en cada hermana, observando diferentes rasgos en cada una, es un don y un estímulo. Aprendemos incluso de sus dificultades.

- **La comunicación**

Es característica del estilo que Santa Teresa quiere, a todos los niveles, para sus monjas:

- La comunicación con Dios, es decir, **la oración**, es escuela de comunicación con los hermanos; nos lleva al conocimiento propio, a la unificación interior, y nos capacita para vivir al otro como novedad, nos abre a la relación. Supone, por tanto, un lugar de encuentro, de amistad, de esfuerzo y de gozo. Se aprende a buscar el bien de la hermana antes que el propio. Descubriendo el amor del Señor, nos abrimos a la gratuidad.
- En el seno comunitario aprendemos a compartir con sencillez la propia vida, nuestra experiencia humana y espiritual, ideales, preocupaciones y sobre todo la fe y la Palabra. Para que esta conversación sea constructiva es necesario un **diálogo** sincero y cordial que excluya la polémica y mantenga en pie el respeto a las demás, la estima recíproca y la capacidad de saber escuchar y comprender el punto de vista ajeno en las reuniones comunitarias, las oraciones compartidas y encuentros con la Palabra, información a las hermanas. Una comunicación desde la verdad de nuestro ser, sencilla, transparente, sin doblez.
- Insiste la Santa en la **amistad entre las hermanas**, la relación expansiva en los recreos y fiestas. Comunicándonos desde lo que somos aprendemos a dialogar y a vivir la acogida mutua. Es una tarea que nunca acaba.

En este aspecto de la comunicación, tan importante para nosotras desde el deseo de la Santa Madre y desde lo que quiere para nosotras la Iglesia hoy, queremos señalar dos cuestiones que sería necesario recuperar con **fidelidad creativa**:

- No podemos olvidar el papel preponderante que da la Santa a *la priora en la formación espiritual de la comunidad, como*

⁹⁶ Cfr C 11,7

*educadora en el amor.*⁹⁷ Por el tono rígido y autoritario con que se había presentado esta función y por una excesiva independencia personal, en muchos de nuestros monasterios, después del Concilio, se han ido suprimiendo los diálogos y comunicación afectiva y más o menos íntima y espiritual, con la priora. Creemos que el diálogo sincero, fraterno, de ayuda mutua, y no de autoridad ni control de conciencias, puede ser de gran ayuda para crear vínculos que favorecen la vida fraterna.

- Otro valor que la Santa señala en sus Constituciones es el *diálogo entre las hermanas*⁹⁸ y no dar una supremacía absoluta a la comunidad como único lugar de encuentro y expresión por un temor excesivo a la amistad particular mal interpretada.

- **Una realidad frágil, una tarea nunca terminada**

La convivencia comunitaria es una realidad delicada, frágil y difícil de conquistar, un camino a recorrer, una meta a alcanzar; pero es fuente de paz y gozo y supone una ayuda incalculable para vivir en plenitud la consagración. La comunidad es convocatoria, pero la fraternidad supone un esfuerzo por vivir en comunión. Es esencial no perder de vista que es el Señor quien convoca a esta comunión, mantener despierta esta conciencia, aporta dinamismo para vivir las relaciones fraternas con creatividad. La fraternidad se construye día a día.

- **Formación y sencillez**

*“Son gran cosa letras para dar en todo luz”*⁹⁹ pero no se debe poner tanto el acento en una intelectualidad, cuanto en la transmisión de una doctrina espiritual que incida en la vida. No es solo adquirir conocimientos sino formar nuestro espíritu. Todo esto debe estar unido además a esa actitud sencilla, abierta, agradecida y dócil que nace de la humildad de quien sabe que siempre tiene algo que aprender.

- **Necesidad de la ascesis.**

*“No has venido al convento sino a que todos te labren y ejerciten”*¹⁰⁰. Es necesario hacer el vacío de sí misma y de todo lo que no es Dios, según la imagen de Juan de la Cruz, en la que la escultura se deja tallar del autor para que pueda salir la imagen de Cristo en nosotras. Este camino de liberación interior no se hace de la noche a la mañana. Hay aquí toda una aventura cristiana hacia dentro, hecha de

⁹⁷ Cs Pr 10,8

⁹⁸ Ib 1,11

⁹⁹ C 5,2

¹⁰⁰ Cautelas 15

purificaciones e iluminaciones. Necesitamos ir madurando, conociéndonos a nosotras mismas para reestructurar nuestras vidas, desde ese deseo superior, fundamental, eje que oriente nuestra vida. Solo a través de este proceso de liberación interior podemos llegar a la madurez que nos permite vivir el Misterio de la Iglesia, hasta asumir *“los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”*.¹⁰¹

- **Necesidad de la educación**

El prolongado vivir juntas en una existencia austera exige el esfuerzo paciente y constante para no deslizarse hacia la vulgaridad. La sencillez evangélica no autoriza a dejar a un lado la cortesía, la amabilidad, el control de sí, la discreción, la delicadeza... El Santo aconsejaba la urbanidad y los buenos modos en el trato con los religiosos.

- **La alegría también en los momentos duros.**

De la felicidad de la unión y configuración con Cristo nace el sentido de la alegría y de la fiesta, arraigada en la base firme de una vivencia teologal, expresada tanto en los momentos felices: *“Oh, qué de fiestas haría (el alma) y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo,”*¹⁰² así como en los momentos duros: *“Gran consuelo me da a mi muchas veces cuando veo el contento que les da a estas almas tan limpias tanto encerramiento y soledad, y el alegría cuando se ofrecen cosas de mortificación”*¹⁰³. En las Cautelas, el Santo ofrece abundantes orientaciones para adquirir *“la santa paz”*¹⁰⁴ y *“gozar del pacífico refrigerio del Espíritu Santo.”*¹⁰⁵

- **Comunión fraterna de bienes.**

A la luz de su experiencia en la Encarnación, de las desigualdades entre las hermanas por la diferencia de linaje y bienes de fortuna, la Santa Madre quiso que sus monjas de San José fueran todas iguales y lo poseyeran todo en común. *“Por eso traemos todas un hábito, porque nos ayudamos unas a otras, pues lo que es de una es de todas”*¹⁰⁶. *“Como todo es en común y ninguna puede tener regalo particular, así la limosna que las hacen es en general... que ya sabe que el Señor las ha de proveer por junto”*¹⁰⁷. Así también nosotras como las primeras comunidades de Jerusalén no tenemos como propio nada de lo que poseemos, todo es de todas. No solo

¹⁰¹ GS 1

¹⁰² 6M 6,10

¹⁰³ F 18,5

¹⁰⁴ Cautelas 15

¹⁰⁵ Cautelas 1

¹⁰⁶ Carta 274, 6

¹⁰⁷ C 9,1

tenemos en común los bienes materiales, sino también los dones de inteligencia y preparación, nuestras cualidades y sobre todo nuestro tiempo. Es vivir a disposición de las hermanas, entregadas a la comunidad.

Esta actitud es muy importante para crear este ambiente familiar y fraterno que purifica el individualismo y egoísmo de la persona que solo se preocupa de sí misma. Esta pobreza, humildad y desasimiento del que no tiene nada propio hace crecer el amor. Hoy en la sociedad han surgido nuevas formas de desigualdad y nuevas posibilidades a esta actitud cerrada al otro y egoísta. Es necesario estar atentas a esta realidad y no dejar que influya negativamente en nuestras comunidades.

La actual comprensión de la Iglesia como misterio de comunión nos ayuda a vivir de manera más consciente la igualdad de todas, así como a favorecer la diversidad procurando que cada una pueda desarrollar sus talentos para servir a la comunidad con mayor creatividad. Es muy importante aceptar la diversidad en la comunidad y vivirlo como riqueza. Se puede desarrollar cultivando un amor acogedor, abierto y respetuoso. Empeñarse en la uniformidad no solo no crea unión sino que la rompe.

- **Relaciones fuera de la comunidad**

La Santa quería que no nos centráramos sólo en nuestra comunidad, sino que la caridad entre nosotras se manifestara también en nuestra relación con las otras comunidades, con monasterios de distintos órdenes, con la diócesis, con todos los que se acerquen a nosotras, en fin, abiertas a nuestro mundo y en diálogo con él. Esta fue una de las causas que motivó a la Santa a fundar dentro de la población. Destacamos **la acogida** que hoy debe caracterizar a nuestros monasterios.

- **Aspectos que son un desafío.**

- Buscar el **equilibrio entre la libertad personal y la construcción de la fraternidad**. En nuestra cultura se ha revalorizado enormemente la persona humana como sujeto de derecho y obligaciones. Eso que en sí es bueno en la práctica, por un mal entendido respeto a la persona y su realización, ha hecho olvidar la dimensión de oblatividad de la vida consagrada.

- Replantear **la corrección fraterna** como instrumento para el crecimiento tanto personal como comunitario.

- La notable escasez de vocaciones ha creado una situación nueva, desconocida para la Santa, que nos vemos

urgidas a afrontar con **fidelidad creativa**. Creemos que, mientras el número no sea demasiado reducido que haga imposible vivir el carisma con fidelidad, podemos ver en ello una ocasión para redescubrir el ideal primitivo de la Santa en cuanto al número de hermanas. Un momento histórico propicio si evitamos convertirlo en un lamento constante que nos perjudica y sabemos descubrir en ello, con mirada de fe, un tiempo apasionante en el que con todos los medios técnicos a nuestro alcance, podemos vivir el carisma sin estar sujetas a la letra, sino dejándonos conducir por el espíritu.

Una solución podría ser: dejarnos ayudar por personal ajeno a la comunidad. Es este un recurso impensable en tiempos de la Santa Madre. Se trata de valorar y dar prioridad a la oración, formación y vida fraterna antes que a la clausura. A veces la concepción de la clausura puede ser una objeción para la ayuda de personal.

3) ¿Qué enseñanzas de otros santos del Carmelo, además de nuestros Santos Padres, enriquecen el sentido y las exigencias de la vida fraterna en comunidad?

Pocos santos del Carmelo han dejado escritos doctrinales sobre la vida fraterna pero nos enriquecen de muchas maneras desde su experiencia, con palabras sencillas, nacidas muchas veces de sus apuntes personales o al narrarnos su vida y sin pretensiones de enseñar. Sus palabras, sus matices y apreciaciones pueden ser diversas y complementarias debido a sus circunstancias personales, al tiempo y entorno en que transcurre su vida.

- **Santa Teresa del Niño Jesús.**

En general todas coincidimos en destacar la figura de Santa Teresa del Niño Jesús. Sus escritos y los numerosos testimonios que de ella tenemos son una filigrana de caridad. Es la gran maestra de la vida fraterna. “*Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto⁷⁶ a los demás, ¡y desde entonces fui feliz!...*”¹⁰⁸. El Señor le dio luces abundantes sobre la caridad de las que nos hace partícipes en el Manuscrito C, estos escritos reflejan hasta donde llegó su amor.

Teresita es audaz. Lejos de asustarse y desanimarse por la experiencia de su debilidad¹⁰⁹ nos enseña el camino del amor fraterno desde la pequeñez con los

¹⁰⁸ Ms A 45vº

¹⁰⁹ Cf. Ms C 12 vº

ojos fijos en el “sol del amor”¹¹⁰ en quien confía firmemente y aprovechando las cosas pequeñas. Atribuye a Jesús el origen del amor y el poder amar, “Sí, lo sé: cuando soy caritativa, es únicamente Jesús quien actúa en mí. Cuanto más unida estoy a Él, más amo a todas mis hermanas”.¹¹¹ Su única motivación es **agradar a Jesús**, cumplir su voluntad. Sabe descubrirlo escondido en los demás.

Nos enriquece especialmente:

- su aceptación de las diferencias en el seno de la Comunidad,
- su desasimiento del afecto natural a sus hermanas, para no entorpecer la relación fraterna en la vida comunitaria
- su esfuerzo por vencer las antipatías naturales. Ella no excluye a nadie. Se deja edificar de los más pequeños actos de virtud que ve practicar y disculpa siempre
- busca la compañía de las hermanas que le son menos agradables cumpliendo así con esas almas heridas el oficio del buen samaritano. “Una palabra, una sonrisa amable, bastan a veces para alegrar a un alma triste”¹¹²
- se dejar pulir por las mil situaciones de roce cotidiano. Vivió su vocación en un ambiente comunitario y eclesial adverso y complicado. Con forma evangélica y creativa vivió el amor entre sus hermanas, con sentido eclesial y universal. No se dejó aplastar ni quedó herida entre las pequeñas o grandes dificultades de cada día, vivió en fe, esperanza y amor. Voló al centro del alma, simplificó lo complicado y no complicó lo sencillo.
- sabe vivir el equilibrio tan teresiano entre vida contemplativa y vida fraterna: es fiel a la soledad y al silencio por amor a Jesús y para vivir en comunión con Dios, y al mismo tiempo sabe vivir la cordialidad, la simpatía y buen humor en las fiestas de comunidad y recreaciones, sin alterarse por las bromas. Su servicialidad era con rostro alegre, dando a las demás todo su tiempo.

La revelación de su existencia es una autorrevelación del Amor de Dios en la pequeñez, y la grandeza que adquiere una vida desde el amor. Dócil al Espíritu, no obstante su corta edad y poca formación, sobrepasando los límites de su comunidad abrió un nuevo camino en la espiritualidad y, sin embargo, mientras vivió, su doctrina no influyó en su comunidad y ella pasó desapercibida para sus hermanas. Su vida fue como el grano de trigo que cae en tierra y muere y da fruto abundante que alimenta la vida de la Iglesia más allá del tiempo de su existencia terrena.

¹¹⁰ Ms B 5 vº

¹¹¹ Cf. Ms C 13rº

¹¹² Ms C. 28rº

- **B. Isabel de la Trinidad**

Ha sido una hermana de menor contacto comunitario por su temprana muerte pero es mujer de amplísima relación. De sus hermanas se conservan testimonios de ser de buen trato y talante agradable, fiel al silencio. El modo de entender entonces la vida comunitaria es lo que ella vivió sin nuevas aportaciones por su parte. Es en el trato con sus amistades donde Isabel es reflejo de una vida de amor en Dios y para los hermanos. La Trinidad que ella contempla y en la que se ve envuelta es una comunión de Amor y relación. Desde ahí, todo, también la relación con las hermanas, queda impregnada de Presencia.

Isabel de la Trinidad nos invita a dejarnos arraigar en la caridad de Cristo como enseña San Pablo. *“Y ¿cómo será esto? Viviendo sin cesar, a través de todo, con Aquel que habita en nosotros y que es Caridad (I Jn. 4, 16, y 8). ¡Tiene tanto deseo de asociarnos a todo lo que El es, de trasformarnos en Él!. Querida hermana, reavivemos nuestra fe, pensemos que El está allí, dentro, y que nos quiere muy fieles. También, cuando esté a punto de impacientarse o de decir una palabra contra la caridad, vuelva hacia El, deje pasar ese movimiento de la naturaleza por darle gusto”¹¹³.*

De ella también aprendemos a compartir y comunicar la propia riqueza espiritual.

- **S. Teresa Benedicta de la Cruz**

Teresa Benedicta aporta al Carmelo y a nuestra vida fraterna su propia experiencia y la enriquece doctrinalmente. Así refiriéndose a la formación, afirma que *“La Santa Madre, con su profundo conocimiento del hombre, sabía muy bien cómo la meta a la que aspiraba, estaba por encima de la naturaleza humana y con qué dificultades contaría. Para alcanzarlo debería emplearse a fondo en la educación y no dudó en poner manos a la obra. Lo más esencial lo llevó a cabo en medio de la convivencia personal a través del influjo en cada una de las almas”¹¹⁴* y más adelante dice: *“Se ha de conceder tranquilamente que no se trata de una educación para cualquiera” (...)* sino solamente para *“aquel que tiene una verdadera vocación al Carmelo”¹¹⁵.*

Edith nos recuerda que las horas de silencio no son horas muertas, sino espacios de silencio interior y exterior. Este camino interior es el camino de todos los místicos.

Entre sus muchas cualidades se distinguió por su sencillez y entrega generosa. Nos dice en una de sus cartas: *nuestra tarea es amar y servir.*¹¹⁶

¹¹³ Carta 157

¹¹⁴ Edith Stein OC, tomo V. edit. Monte Carmelo Cap.1, P.66

¹¹⁵ idem pag.69

¹¹⁶ Carta 516

Comprendió el valor que tenía el vivir en comunidad, asumió las dificultades que encontró en el grupo. Su capacidad teologal estaba por encima de cualquier obstáculo o debilidad humana. Estaba convencida del valor positivo de todo ser humano, de la riqueza de vivir en comunidad la vida fraterna. Ciertamente, como sabemos la vida fraterna es fuente de gracia, pero también de sufrimiento. Teresa Benedicta llega hasta el martirio en su vida de amor. Esta cima tuvo su comienzo en la fe judía que recibió de su familia, sobre todo por el testimonio de su madre y pasó por la búsqueda de la verdad a través de la razón. El encuentro con Teresa de Jesús fue encuentro con una Verdad-Persona, Jesús, y una verdad-comunidad, la Iglesia. Ella considera haber recibido juntas la gracia del bautismo y de la vocación al Carmelo, aunque la vida religiosa sólo la pudo abrazar diez años después. Si Teresa de Jesús la guió en el encuentro con la fe, Juan de la Cruz fue su maestro para adquirir la ciencia de la Cruz.

El amor, la fidelidad y la solidaridad para con su pueblo, su entrega hasta la muerte para sufrir con él, no son sino la expresión visible de lo que fue su amor y entrega escondida en su vida fraterna en comunidad. Los testimonios de las hermanas con las cuales convivió, lo testifica. Nos hablan de un camino progresivo y sin interrupción de descenso con Cristo, ella, mujer de tantas dotes. Confidente de sus hermanas y amigos, enfermera abnegada, maestra de las hermanas de velo blanco. Cuando en Echt fue su maestra, además de darles el contenido de las clases, sabía estar cerca de ellas para ayudarlas espiritualmente. La sabiduría la recibía con agradecimiento y sin envidia y la repartió para el bien de todos y provecho de todos. En ella se establece perfecta armonía entre lo divino y lo humano. Con una mirada de fe aceptó su muerte indigna ofreciéndola por la salvación de su pueblo y así pudo coger de la mano a su hermana Rosa y dar un sentido a su inmolación: *“Ven, marchemos por nuestro pueblo”*¹¹⁷

Es una misma persona y un mismo amor que Teresa Benedicta parte, reparte y comparte

- **S. Teresa Margarita del Sagrado Corazón de Jesús.**

*“Dios es Amor”*¹¹⁸ Atraída e impulsada por este amor de Dios del que tuvo una fuerte experiencia contemplativa *“servía a sus hermanas de comunidad, sobre todo a las enfermas, con tan humilde delicadeza y total desprendimiento, que parecía un ángel de caridad”*¹¹⁹.

Amaba por igual a todas y más especialmente a las enfermas y achacosas. Se ofreció a ser enfermera y en especial de una de las enfermas más difíciles, que cuidó hasta la muerte. Realizaba las tareas comunes sin que nadie se

¹¹⁷ Edith Stein. "Ntra Hermana". Félix Ochayta, edit. Monte Carmelo pg 108

¹¹⁸ 1Jn 4,8

¹¹⁹ De las actas de canonización

apercibiera; se dieron cuenta de ello cuando murió, al ver que esas cosas quedaban sin hacer. Sabía disculpar. Unía en sí la educación más refinada y la sencillez evangélica, cosas que nunca deberían separarse.

*“Aunque en mi convento no hubiera encontrado otra cosa que la ocasión de practicar la caridad, sólo por esto lo hubiera escogido y no otro”.*¹²⁰

- **S. Teresa de los Andes**

Se esmeró en labrar la felicidad de los demás olvidándose de sí misma. Antes de entrar carmelita nos ofrece enseñanzas luminosas de entrega a los demás. En el convento, a pesar de su corta edad, sabe no apegarse ni dejarse llevar de la gran estima y afecto que su priora y maestra M. Angélica le manifiesta, ni por la incomprensión de la hermana pedagoga que, no ve con buenos ojos este constante desvelo de la Priora por su postulante y novicia, y buscará oportunidades para humillar a Teresa. Ella siempre se manifestó sumisa y respetuosa, dio muestras de una gran humildad, caridad y mortificación. En una de sus cartas aconseja: *“Tratar de servir a aquellas personas que nos sean antipáticas o a aquellas que notemos son poco cariñosas con nosotras, para así humillarnos”*¹²¹.

Los santos y santas que nos han precedido en el Carmelo son un ejemplo, un estímulo y una ayuda eficaz: María de San José, Ana de Jesús, Catalina de Cristo. Ana de San Bartolomé, María de Jesús, las mártires de Compiègne, Mariam de Jesús Crucificado, Lorenzo de la Resurrección... una riqueza inagotable. En todos vemos claramente, si bien con matices personales, una gran delicadeza en el amor, en el servicio, en la humildad, en la obediencia, y en el sentido eclesial y apostólico que dieron a su vida.

Son también para nosotras estímulo en nuestro camino hermanas con las que hemos convivido y que nos han dado ejemplo de vida contemplativa y entrega generosa a la comunidad. En el aquí y ahora de cada una de nuestras comunidades nos sentimos estimuladas por hermanas mayores que, a pesar de sus años y achaques, después de una vida entregada viven ya solo para Dios, y se esfuerzan en bastarse y ser útiles por amor a las demás hermanas.

¹²⁰ Ascóndita, T. la caridad

¹²¹ Carta 82, a Elena Salas González

V. PERSPECTIVA PRÁCTICA DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

1- ¿Tenemos una visión clara de las implicaciones prácticas en la forma de vivir hoy nuestra vida comunitaria contemplativa?

Hoy en día la visión sobre las implicaciones prácticas de nuestra vida comunitaria contemplativa es más clara que hace años porque la formación permanente iniciada desde el Concilio Vaticano II nos ha abierto a nuevos horizontes. Se tienen más en cuenta las exigencias psicológicas y sociológicas que todo grupo tiene que observar, se valoran los temas referentes a la mujer. El hecho de que nuestras comunidades tiendan a ser cada vez más sencillas y menos numerosas posibilitan más el diálogo y la colaboración en la construcción de la comunidad.

La teoría la tenemos bastante clara, pero a la hora de la vida no somos del todo coherentes, hay un desfase entre lo que pensamos y lo que luego vivimos; y no siempre somos conscientes de ello.

Antes de la reforma conciliar se creía que el espiritualismo lo resolvía todo; sin tener en cuenta que nuestras comunidades religiosas en primer lugar son comunidades humanas.

Es verdad que el desarrollo teológico y social ha afectado a la vida comunitaria; que la formación y la información han determinado cambios y modos de entender la vida fraterna. Los cambios rápidos, profundos en nuestro hoy oscuro, y a la vez lleno de retos y esperanzas, dificultan un tanto el ver por dónde ha de ir la vida contemplativa. El carisma teresiano tiene que ser recreado, pero ¿cómo o por dónde comenzar? En el Carmelo pesa mucho la historia y el cambio necesita su tiempo. Se han dado pasos positivos en los últimos tiempos y a gran velocidad, pero nos falta camino.

El P. Camilo Maccise en el Congreso internacional preparatorio del Sínodo decía: *«Nadie duda de que el modelo tradicional de Vida consagrada está atravesando una fuerte crisis de identidad, que su universo simbólico se está haciendo añicos, y que es "necesario aceptar o crear un nuevo modelo". El problema es que ese nuevo modelo "todavía no está disponible"»*.¹²² Allí también se dijo lo siguiente: *«"La Vida Consagrada está al final de una era", pero aún "es demasiado pronto" para definir con claridad cual va a ser su imagen futura»*.¹²³

¹²² C. Maccise. Congreso internacional preparatorio del Sínodo sobre la VC celebrado en Roma, noviembre 1993. Citado en "La vida fraterna". Amedeo Cencini. Pág 18

¹²³ L.Cada (historiador). Congreso internacional preparatorio del Sínodo sobre VC celebrado en Roma,

Conscientes de todo lo anterior, al mismo tiempo que intentamos captar y volver al frescor de los orígenes del carisma de la Santa Madre, procuramos tener una mirada atenta y escuchar qué nos dice el Espíritu hoy. Nos parece que es éste el principal servicio que podemos ofrecer al mundo en que vivimos. Por eso, deseamos vivir con autenticidad nuestra vida comunitaria contemplativa.

Las **implicaciones** que en la práctica nos pide esta respuesta de fidelidad creemos que pueden ser:

- **Una actitud abierta y positiva**

- Vemos necesario conocer, con medios adecuados a nuestro estilo de vida, la **mentalidad actual**. Esto, además, es una ayuda importantísima e imprescindible a la hora de saber acoger, comprender y ayudar en su trabajo de inserción a las nuevas vocaciones. Un esfuerzo aun más delicado y considerable cuando éstas vienen de otros países y culturas muy diferentes de la nuestra.

- Es muy importante conservar y promover la apertura de corazón para acoger lo distinto, una actitud positiva y tolerante. No se trata de construir una comunidad uniforme, sino de aceptar un cierto **pluralismo**, lo cual supone el respeto a la libertad del otro, de la hermana.

- Estamos en una **época de disminución** y sentimos el reto de descubrir que amar no tiene ancianidad. Hoy tenemos más que nunca medios que nos ayudan y posibilitan la vivencia práctica de la vida comunitaria. La evolución de formas y la realidad histórica del mundo presente, que nos influye de muchos modos, nos encamina a **no ser grupos cerrados**.

- Tendríamos que fortalecer **ser verdaderas** en la respuesta a nuestra llamada a vivir para Dios y sentirnos cada día más contemplativas y abiertas, pobres y necesitadas, sin temor a mostrar nuestras debilidades, así como tampoco vacilantes en mostrar nuestros dones.

- **Un serio discernimiento desde una clara identidad.**

Noviembre 1993. Citado en "La vida fraterna". Amedeo Cencini. Pág. 18

Junto a la apertura es necesario hacer un continuo y serio discernimiento desde una clara identidad, siguiendo la exhortación de S. Pablo: *“examinadlo todo y quedaos con lo buen”*.¹²⁴ Esto exige:

- **Formación.** Se ha cuidado mucho en estos años y ha sido una gran ayuda para ir corrigiendo algunas cuestiones importantes en la forma de vivir en comunidad. Gracias a ella ahora tenemos más en cuenta a la persona, lo humano en toda su complejidad. Se procura respetar y fomentar las cualidades e inclinaciones de cada una.

Es muy necesario que esta formación sea asimilada y se convierta en experiencia. Solo así y con la ayuda del Espíritu puede iluminar la vida. *“No todo va en letras y saber”*.¹²⁵ No podemos conformarnos con lo ya alcanzado. Este es un esfuerzo constante, que dura toda la vida. Creemos, en definitiva, que en nuestras comunidades se va dando paulatinamente este cambio, más que por visión clara, por una especie de simbiosis, de sensibilidad solidaria, posiblemente fruto de una apertura interior que da la oración, la reflexión y lectura, el estudio y la información, la formación continua. Hemos avanzado mucho en el estilo de vida comunitaria con la formación permanente, comunicación, reflexión particular, cursillos, intercambios interfederales.

- Vemos muy importante **el contacto con otras comunidades**

El intercambio de experiencias nos va proporcionando una visión más clara de las implicaciones prácticas en la forma de vivir hoy nuestra vida comunitaria contemplativa.

- **Una continua renovación espiritual**

- La **Eucaristía** como fuente de Vida y encuentro personal con Cristo es indispensable para una verdadera renovación interior.

- La **vida de oración** sigue siendo uno de los puntales de la vida comunitaria. *Las mejores acomodaciones a las necesidades de nuestro tiempo, no surtirán efecto si no están animadas de una renovación espiritual*¹²⁶

- **Ahondar en las fuentes de nuestro carisma siendo cada vez más nosotras mismas.**

¹²⁴ 1Tes 5,21

¹²⁵ Cf V 30,10

¹²⁶ PC 2e

- Queremos valorar, primeramente, nuestra **realidad de ser personas**, nuestra **feminidad** y el hecho de ser mujeres consagradas a Dios en la vida contemplativa; y procurando, en la práctica, no minusvalorar ninguna de estas realidades.
- La implicación evangélica en nuestras relaciones fraternas es esencial y siempre vigente. Se podría resumir: *“estamos redimidos para amar a los hermanos”*.¹²⁷ Un seguimiento de Cristo en radicalidad evangélica no significa rechazo de los valores humanos positivos. La verdadera vida espiritual no destruye lo humano. El ideal es lograr que la comunidad sea **escuela de amor**. Ciertamente que el carisma del Carmelo a la luz de la doctrina actual de la Iglesia brilla con más esplendor, se ve con más nitidez el calado evangélico de nuestra vocación.
- Él *“nos juntó aquí”*¹²⁸ y como carmelitas reflejamos un estilo propio, que nos define y caracteriza.

Más conscientes de nuestra misión

Es necesario que nuestra vida fraterna se convierta en una onda expansiva que, por lo menos cuestione el individualismo reinante, testimoniar que lo más importante es el ser y no el tener o el hacer; dar primacía a la persona.

Es necesario vivir esa tensión de la proyección de la misión, sabernos miembros de la Iglesia con una palabra que comunicar; esto nos hace sobreponernos a las pequeñas cosas del día a día que pueden robar la atención a lo esencial.

Conclusión

La comunidad es lugar para el encuentro, cauce a las necesidades, en la que se respetan las diferentes características y modos de ver la comunión. Somos una comunidad humana que en medio de nuestras dificultades es testimonio. Comunidad abierta no sólo al entorno sino incluso a realidades más amplias con sencillez, acogida y cercanía.

“En una comunidad verdaderamente fraterna, cada uno se siente corresponsable de la fidelidad del otro; todos contribuyen a crear un clima

¹²⁷ E.Schilleebekx el núcleo de NT

¹²⁸ CV 8,1

sereno de comunicación de vida, de comprensión y de ayuda mutua; cada uno está atento a los momentos de cansancio, de sufrimiento, de soledad, de desánimo del hermano, y ofrece su apoyo a quien está entristecido por las dificultades y las pruebas."¹²⁹

2ª.- ¿Cuáles son las principales dificultades que encontramos para observar las exigencias psicosociológicas de nuestra comunidad como grupo humano?

Creemos que las dificultades son múltiples y de distintas procedencias. Es cierto que no podemos olvidar que se requiere un espacio de tiempo largo para adquirir confianza y manifestarse tal cual se es y lo que se lleva en el interior.

Hay diferentes tipos de dificultades: las relativas a las características de nuestros grupos y las relativas al momento histórico que vivimos y las nuestras propias. Cuando hablamos de "dificultad" no nos referimos a un aspecto o una circunstancia que sólo es negativa siempre y para todas. En nuestras comunidades suele ocurrir, como en todo grupo humano, que viviendo todas las mismas experiencias básicas, nos encontramos con hermanas felices y hermanas quejasas, maduras e infantiles, estables y quebradizas. Es decir, que los mismos hechos son para unas, oportunidad de crecimiento y para otras, muros infranqueables. Así mismo podemos diferenciar las dificultades que proceden de **cada una de nosotras mismas**, las que provienen de una **mayor o menor madurez** y las que se derivan de la propia **convivencia como grupo**.

- **De cada una de nosotras mismas:**

- o El **egoísmo** a todos los niveles, que nos resta generosidad en la entrega, nos cierra al amor y a buscar el bien de las hermanas, al compartir. En realidad es la causa que está en el fondo de la mayor parte de las dificultades que constatamos, supone falta de abnegación real y corresponsabilidad, es el peor de los enemigos y una dificultad constante.

- o El creciente **individualismo** que impera en nuestra sociedad y que, de forma más o menos solapada, se infiltra en las comunidades. Supone una manera de ser y de concebir la vida

¹²⁹ VFC 57

comunitaria que dificulta la integración profunda. Nos falta sencillez y nos puede el **individualismo**; en la medida que seamos más sencillas, nos será más fácil el acercamiento mutuo, escuchar con el corazón y ver con los ojos del alma.

Corremos el peligro de encerrarnos en nuestros marcos estrechos, desarrollar el **individualismo** personalmente dentro de la comunidad y comunitariamente dentro de la Federación.

o La **falta de una verdadera base humana y de formación anterior al Carmelo**. Las diferencias de cultura, de edad, de entorno social y sobre todo las diferencias en la formación han creado mentalidades y estilos de vida muy diferentes, que hacen difícil la convivencia, la cual, sin la madurez necesaria es la causa de no pocos problemas y dificultades. A menudo esta formación es muy escasa. Es una dificultad que constatamos también a la hora de tomar decisiones maduras.

o No podemos descuidar la **educación**, la cual no está basada exclusivamente en las buenas maneras externas sino en la autenticidad interior.

o La sociedad del bienestar propicia la **falta de abnegación real** en las cosas pequeñas cotidianas.

o Facilidad general para **ver antes las cosas negativas** que las positivas tanto de una hermana como de la comunidad; y muchas veces sin ser conscientes de que caemos en el mismo mal que criticamos.

o Vivimos a veces la falta de **crítica constructiva** y de saber vencer los propios miedos para llamar a la verdad por su nombre, y desde la libertad pero con delicadeza y amor. En cambio la **crítica negativa** lleva a la enemistad y a la falta de sinceridad fraterna. Los desahogos y curiosidades, cuando son habituales merman la cercanía de las hermanas y hacen resentirse la vida interior. En una cultura que lleva al hombre a la superficialidad, urge el vivir en profundidad, no juzgando por las apariencias, a la ligera.

- **Mayor o menor madurez:**

o Las **heridas sin curar** a veces hacen que la convivencia no sea grata. Los años nos dan experiencia, que ayuda, pero que no se identifica con **madurez**; madurez es la asimilación en la fe de la propia realidad. Las **experiencias negativas** no superadas en la vida anterior, de algún miembro de la comunidad, suelen influir negativamente en la marcha de todo el grupo. Es importante aprender a resolver bien los conflictos, trabajando el perdón y la superación de viejas heridas. Es necesario demostrar una caridad realista y concreta con cada hermana, conscientes de que esto supone un verdadero proceso de sanación, crecimiento y madurez personal.

o Es fundamental el **conocimiento propio** de nuestras cualidades y limitaciones para valorar y saber comprender nuestras necesidades. La falta de **aceptación propia**, con frecuencia nos hace exigir y reclamar sin aportar.

o La presencia de hermanas con **temperamento fuerte** puede dificultar el compartir al pretender hacerse el centro de la reunión, imponiéndose sobre el grupo, dificultando que algunos caracteres se abran y logren comunicar su interior.

o El hecho de no dar **suficiente importancia a la humildad y a la sencillez**, favorece la autosuficiencia y el protagonismo que deterioran el ambiente y las relaciones, así como la tendencia a querer dominar a los demás intentando hacerlos como nosotros quisiéramos.

o Una gran mayoría de monjas **no sabemos escuchar**. Dificilmente sabemos esperar hasta el final la exposición, la pregunta, el parecer, el criterio de una hermana. Esta dificultad perjudica la sensibilidad de unas y abona la prepotencia de otras, lo cual fácilmente es causa de malestar, cuando no de conflictos.

o Fácilmente nos escudamos en **el silencio, la soledad, el trabajo personal...** cuando una relación interpersonal es difícil. Reconocemos que hemos de recuperar el silencio en sus muchas facetas porque la dimensión eremítica es fuente de comunión fraterna. Pero a menudo se ha dado prioridad a la rigidez y cumplimiento de las normas del silencio como tales, antes que a la vida fraterna.

- **Convivencia como grupo**

o **No se propician suficientes estructuras de intercambio** que posibiliten la relación interpersonal a niveles algo más profundos que las relaciones de la vida diaria. Puede ser debido a la falta de personal y subsiguiente exceso de trabajo, o a la falta de costumbre de intercambiar. Siguen siendo necesarios los **espacios de amistad** y de compartir sereno para mostrar nuestro verdadero rostro, tanto en las fiestas, como en las comunicaciones de experiencias espirituales.

o No acabamos de percatarnos de la importancia que tiene **la comunicación en profundidad a nivel personal y comunitario** para aquilatar más y más nuestra comunión fraterna. Sin el conocimiento sincero y profundo que nace del **diálogo** se corre el riesgo de juzgar a las personas sólo por su comportamiento externo, pero no conocemos lo que la lleva a obrar de esa manera. La soledad, el silencio y la reflexión no siempre son bien valorados como medios para encontrarnos con nosotras mismas. Hacemos de estos momentos tiempos vacíos que no nos llevan ni a Dios ni a nuestro interior, por eso se corre el riesgo de llenarlos de ruidos, noticias e intereses que provienen del exterior.

o Quizá nos falte mayor intercambio a niveles profundos, aprendizaje y disciplina de las **técnicas del diálogo** y debemos aprender a escuchar, a ceder en nuestras posiciones y puntos vista, pero sabiéndolos someter a discernimiento. Hablar no es dialogar. El diálogo ha de ser **comunicación y vehículo de encuentro**, requiere una ascesis de purificación y dominio de sí para encontrar la verdad juntas, y una mirada de benevolencia que une los corazones. Es esencial crecer en diálogo, escucha, aceptación del otro como diferente de mí, sin entrar por esto en conflicto, poniendo empeño en crear un clima de confianza.

o Nos falta costumbre y ambiente adecuado **para expresar el amor, sentimientos y emociones** haciendo más cálidas y familiares las relaciones.

o Silenciar **los conflictos** por creer que la paz externa es suficiente en lugar de darles cauce y provocar que sean tratados para ser resueltos. Es de notar que en lo puramente espiritual más fácilmente estamos de acuerdo, pero no tanto en lo que son niveles humanos y de visión e interpretación teológica, eclesial e incluso psicológica.

o Hay fallos en el **discernimiento** de la vocación que luego se pagan toda la vida. No basta el grupo pequeño, ni el tiempo cronológico de convivencia, para adquirir confianza y favorecer la apertura, sino que supone una implicación grande, desde dentro.

o La falta **conocimiento mutuo en profundidad**. Tenemos muchos respetos humanos y no obramos con sencillez y amor para encontrarnos con la propia realidad y la de la hermana, por eso juzgamos los hechos pero no ahondamos en lo que los motivó. No logramos vivir en la verdad del **propio conocimiento** y la libertad de espíritu que ello aporta.

o La necesidad de **relevos** con su nueva aportación al carisma. Hace tiempo que bastantes de nosotras no hemos vivido el enriquecimiento producido por la incorporación de nuevos miembros, con la renovación y estímulo que ello supone. La sobrecarga de trabajo puede absorber nuestras mejores energías y quedar descuidados los de la contemplación, la lectura, la formación, los espacios de intercomunicación.

o A veces el **servicio de la priora** queda reducido al aspecto de organización y se desdibuja su papel de acompañante.

o A menudo se valora más en las hermanas su **utilidad práctica** que el servicio de su vida contemplativa como tal.

Conclusión

El ideal comunitario no debe hacer olvidar que toda realidad cristiana se edifica sobre la debilidad humana. Es necesario dar vida desde dentro a estas exigencias psicosociológicas para que realmente lleguen a ser cauces de comunión. *“La «comunidad ideal» perfecta no existe todavía. La perfecta comunión de los santos es la meta en la Jerusalén celeste. Nuestro tiempo es de edificación y de construcción continuas, ya que siempre es posible mejorar y caminar juntos hacia la comunidad que sabe vivir el perdón y el amor. Las comunidades, por tanto, no pueden evitar todos los conflictos; la unidad que han de construir es una unidad que se establece al precio de la reconciliación. La situación de imperfección de las comunidades no debe descorazonar. En efecto, las comunidades reemprenden cada día el camino, sostenidas*

por la enseñanza de los apóstoles”¹³⁰

3) Nuestras comunidades, ¿favorecen el proceso de maduración afectiva de sus miembros o, por el contrario, lo dificultan?

Creemos que la experiencia personal de Dios favorece la madurez afectiva; aunque son diferentes los ritmos en cada una de las hermanas. Esto supone afirmar que se trata de procesos individuales que hay que respetar y favorecer, y a los que se dan respuestas diversas nunca acabadas del todo.

Nuestro carisma carmelitano-teresiano de por sí aporta medios excelentes para la maduración afectiva, por el estilo propio teresiano de libertad, igualdad, armonía, cooperación, ambiente recogido y equilibrado, con una intensa vida fraterna delineada en Camino de Perfección, y sobre todo por una constante búsqueda de Dios. La fraternidad es determinante en nuestra vida; es un estilo de ver, de sentir y actuar que pertenece irrenunciablemente al carisma teresiano. La comunidad teresiana está llamada a ser una “schola amoris”. Si hay una cierta madurez inicial y una auténtica vocación vivida en profundidad, la comunidad en sí favorece el proceso de maduración afectiva de sus miembros por el simple hecho de garantizar la realización de la dimensión social de la persona.

El crecimiento en el amor y la integración en la comunidad, hasta querer a las hermanas como a nuestra verdadera familia, supone un proceso, un largo camino de purificación de la propia historia personal, de la manera de pensar y relacionarse, de comportarse y reaccionar. Esto ayuda al proceso de maduración. Solas, sin la comunidad, es imposible crecer. Por ello podemos afirmar con gozo que nuestras comunidades han sido para nosotras “lugar de crecimiento humano”¹³¹, el espacio y el medio privilegiado para alcanzar la propia identidad.

La amistad personal con Cristo, la seguridad de ser amados por El y de amarle es principio de integridad en nuestra vida afectiva. “Cristo da a la persona dos certezas fundamentales: la de ser amada infinitamente y la de poder amar sin límites. Nada como la cruz de Cristo puede dar de un modo pleno y definitivo estas certezas y la libertad que deriva de ellas. Gracias a ellas, la persona consagrada se libera progresivamente de la necesidad de colocarse en el centro de todo y de poseer al otro, y del miedo a darse a los hermanos; aprende más bien a amar como Cristo la ha amado, con aquel mismo amor que ahora se ha derramado en su corazón y la hace capaz de

¹³⁰ VFC 26

¹³¹ VFC 35

olvidarse de sí misma y de darse como ha hecho el Señor. En virtud de este amor, nace la comunidad como un conjunto de personas libres y liberadas por la cruz de Cristo".¹³²

La persona que asume el camino del seguimiento de Cristo poco a poco va manifestando su proceso de maduración en ciertos indicios que son notables: es una persona que vive de convicciones, hay en ella coherencia en los valores e interiorización de los mismos; hay un equilibrio emotivo y una cierta armonía entre afectividad y sexualidad integradas. "Cuando la comunidad no favorece este proceso de maduración se busca fuera lo que no se tiene dentro así se debilita la relación con los hermanos que viven la misma llamada"¹³³.

"La libertad es una cualidad de la persona que implica un proceso de crecimiento durante toda la vida y un dinamismo de constante superación. El problema es cómo crecer, cómo ir adquiriendo esa madurez en la vida"¹³⁴ Después de la renovación que ha supuesto el Concilio Vaticano II, las comunidades tienen unas condiciones más idóneas para la maduración de sus miembros. Algunas hermanas han expresado que, aún reconociendo lo erróneo de algunas formas antiguas, han encontrado su madurez asumiendo y recreando esas mismas dificultades. Y, en contrapunto, en nuestras comunidades ahora renovadas, reconocemos que siguen existiendo conflictos.

La experiencia nos enseña que en nuestras comunidades existen toda clase de personas: las egocéntricas, las inseguras, las que se autoaislan, las que desean controlarlo todo, las que todo lo toleran, y las santas... Quiriendo andar en verdad, aceptamos que todas tenemos poco o mucho de estos rasgos o al menos que predominan en etapas de nuestra vida. Sin embargo hemos pasado de un estilo en que todo se corregía, a otro donde cada una es cada una y según sus "caprichos". Así se alargan más los procesos de crecimiento personal y comunitario, y vivimos más propensas hacia un individualismo "sin pecado".

Es obvio que, en una comunidad orante el egocentrismo tiene que transformarse en un cristocentrismo desde donde ella será maestra y generadora de crecimiento humano.

Ahora bien, creemos que el hecho de convivir encerradas en un recinto más o menos reducido, inconscientemente, crea una mentalidad común en muchos puntos que tanto puede ser sanadora y positiva, como perjudicial para el desarrollo de la maduración afectiva.

¹³² VFC, 22

¹³³ Cf VFC 37

¹³⁴ Rómulo Cuartas, ocd. Revista "Confer" 2008, pág 446

Realidades que favorecen el proceso de maduración afectiva:

- o La misma **estructura teresiana de nuestras comunidades**: número reducido de hermanas, espacios de silencio, soledad, oración, reflexión, los tiempos marcados para recreación...
- o El **sistema democrático de gobierno** de nuestras casas con la alternancia de prioras, y la voz imprescindible de las capitulares en los asuntos más importantes.
- o La preferencia de la Santa en implantar sus **monasterios en medios urbanos** propiciando así el contacto con el entorno, su visión eclesial y apostólica.
- o En la **formación inicial** al estilo de Teresa de Jesús, el amor sincero pero maduro de la formadora ayudará a la formanda en este proceso de descentrarse de sí misma y de cualquier dependencia que no sea sana; acompañándola en la tarea de alcanzar una independencia afectiva capaz de tomar sus propias decisiones, con sentido crítico y de conducir su propia vida.
- o En la **formación permanente** lo más importante es la calidad y cómo es asimilada para que el grupo profundice en su propia identidad, conozca las debilidades y obstáculos a nivel personal y colectivo.
- o **Información suficiente y sana**, que nos muestra la realidad de la Iglesia y del mundo en que nos encontramos.
- o Amplios **espacios de libertad y responsabilidad personal** porque con autoritarismos y prohibiciones no maduran las personas, antes bien se hacen dependientes.
- o La **acogida de las hermanas**. La necesidad de dar y recibir amor está sellada en nuestro ser. Apreciar lo que cada una es y puede aportar.

Dentro de las inevitables limitaciones de todas, siempre hay hermanas que con su **ejemplo callado de donación y entrega**, son una ayuda para todas pues invitan a salir de sí mismas y a vivir para los demás. Es la gran riqueza de la vida fraterna. En la medida en que un miembro crece, crece también la comunidad.

Realidades que dificultan el proceso de maduración afectiva:

- o Una **comprensión de la clausura como espacio cerrado** y la fidelidad a las normas sobre la misma por encima de todo.
- o Una **mal entendida obediencia**, estricta y sin visión amplia que da una sujeción demasiado estrecha a la priora o maestra de novicias.
- o Una autoridad **con gran capacidad de liderazgo**, y, consecuentemente, una marcada influencia sobre el pensamiento o criterio de las hermanas, creando, sin apercibirse, una privación de libertad interior, de capacidad de juicio crítico y respetuoso pero libre. Se crean dependencias, sumisión e infantilismos.
- o La **falta de responsabilidades personales** sin tener que afrontar los problemas vitales. El tener la vida “asegurada” no es para crear comodidad sino para favorecer la vida contemplativa de comunión con Dios en solidaridad con los hermanos que sufren.
- o La falta **de estímulo o poco interés en la vida interior** que nos lleva a acomodarnos y no deja crecer afectivamente.
- o **Falta de seriedad en el discernimiento** provocando la inestabilidad o inseguridad vocacional con desgaste afectivo personal y comunitario y dejando un lastre para toda la vida.
- o El **autoaislamiento** y el querer **controlarlo todo**, son las dos caras del egoísmo que a la larga también son obstáculo.
- o Actitudes **anticuadas y recelosas** sobre la amistad y el compartir libremente.
- o Una excesiva **dependencia de los medios de comunicación**

Observación final

Nos parece importante añadir que, sin que nos lo formulemos explícitamente, llevamos en nuestra psicología, en donde se acumula la inconsciente memoria colectiva o histórica, el **perfeccionismo** que a lo largo de tantas generaciones se nos ha ido inculcando como premisa imprescindible para la santidad; y sobre todo en la vida religiosa. Y todavía puede parecer que aceptar los límites humanos que poseemos, es en detrimento de esta santidad a la que nos sentimos llamadas.

No podemos ni debemos aspirar a formar una **comunidad ideal** sino una comunidad en que nos aceptemos, respetemos y amemos profundamente con los defectos de cada una. El principio de Gaudium et spes: “*unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo*”¹³⁵ debería ser norma primera en toda comunidad teresiana.

¹³⁵ GS 92
